

El Psicoanalítico
N° 14
Es un soplo la vida
Julio de 2013

INDICE

CLÍNICA

[La vida, ¿un soplo?](#)

Por Yago Franco 4

[Desatando nudos. Desplegando escenas. Crónica de un taller psicodramático](#)

Por Leonel Sicardi y Rosa Gremes..... 12

[Creer y reventar. Segunda parte](#)

Por María Cristina Oleaga.....22

[Revisitando la hipocondría. Segunda parte](#)

Por Marcelo Armando.....31

SUBJETIVIDAD

[Perspectiva del narcisismo en la vejez](#)

Por Ricardo Iacub.....39

[¿Todo bien? Sufrimiento y experiencia en el escenario adolescente](#)

Por Magdalena Echegaray.....49

La vejez, la memoria y la piel	
<i>Por Mónica Laszewicki</i>	55

SOCIEDAD

¿Vejez, senectud, ancianidad?	
<i>Por Diego Venturini</i>	61

Lo que el agua se llevó... lo que nos deja	
<i>Por Luciana Chairó</i>	72

ARTE

Edmon Jabès, “el nómada de sí mismo”	
<i>Por Héctor Freire</i>	83

Oscar Muñoz: Protografías	
<i>Por Yago Franco</i>	97

El cine argentino de hoy y la cámara neutra	
<i>Por Maximiliano González Jewkes</i>	99

AUTORES

Sigmund Freud	
Biografía y entrevista (tres partes)	
Videos en Youtube.....	102

HUMOR

[Woody Allen y Monty Python en Youtube](#)

Videos en Youtube.....103

EROTISMO

[De la risa erótica a lo prohibido](#)

Selección de Héctor Freire.....103

LIBROS

[Satori](#)

De Héctor Freire.....107

[Recomenzar: amor y poder después del divorcio. De Irene Meler](#)

Por Yago Franco....109

[Crisis de Civilización. Radiografía de un modelo inviable. De María Josefina](#)

[Regnasco](#)

Por Yago Franco.....113

MULTIMEDIA

[Videos en Youtube](#).....114

TEMA DEL PRÓXIMO NÚMERO:

¿Qué cuerpo?

CLÍNICA

La vida, ¿un soplo?

Por Yago Franco

yagofranco@elpsicoanalitico.com.ar

¿Es un soplo la vida? Reformulemos la frase: ¿es un soplo la vida para el sujeto?
¿Para qué del sujeto es un soplo, siendo que el sujeto no es una unidad?
Reformulemos la frase nuevamente: ¿es para la psique humana un soplo la vida?
¿Lo es para todas sus instancias?

“Aire, pensó, la vida está hecha de aire, un soplo y ya está, y por lo demás nosotros tampoco dejamos de ser soplo, aliento, nada más; después, un día, la máquina se detiene y el aliento se termina”. (1)

*El Yo es el lugar de residencia del tiempo socialmente instituido. ¿Tiempo socialmente instituido? Es que no hay un tiempo natural. Hay temporalidades relativas a los ciclos de la naturaleza, a la siembra y la cosecha, a los diversos dogmas religiosos, o ese tiempo de la prehistoria – sin pasado, sin futuro - que le hace decir a Herzog (en su film *La cueva de los sueños olvidados*) que nosotros vivimos atrapados en el tiempo. O sea, vivimos en una temporalidad desconocida para quienes vivieron durante milenios sin preocuparse por el tiempo.*

*Vivimos sumergidos en una temporalidad ligada al ritmo de producción y consumo. Un tiempo que dejó de ser impuesto por los dioses a partir del momento en el que las fábricas necesitaron ordenar su producción. La secularización del tiempo liberó a los humanos de un poder extraterreno, les otorgó libertad, pero al mismo tiempo los encadenó a una temporalidad que volvió a hacérseles extraña, temporalidad nacida en las fábricas y oficinas, temporalidad del comercio, de las bolsas y bancos, de las comunicaciones al servicio de dicha circulación. *Estamos atrapados en el tiempo*: un tiempo socialmente instituido que designa edades de acuerdo a la lógica de producción, consumo y creación de riqueza, de*

obsolescencia de los productos, actividades y modas, un tiempo que ha ido acelerándose merced a la explosión tecnológica. Una temporalidad que está ligada a nichos de consumo: se es sujeto en tanto consumidor, y a cada grupo etario le es asignado un lugar en esta sociedad de consumidores.

Tiempo y alteración

El tiempo social y el individual lo son de creación y destrucción/caducidad de significaciones, y sobre todo: de la alteridad en el ser del sujeto, de sus alteraciones. Para Aristóteles: “... *todo cambio por naturaleza hace salir (de un estado) (phúsei ekstatikón); y todo es engendrado y se corrompe con el tiempo. (...) Y ante todo tenemos el hábito de atribuir esta corrupción al tiempo; sin embargo el tiempo ni siquiera cumple esta (corrupción), pero sucede que por accidente (sumbaínei) este cambio se produce en el tiempo*” (2). “*Sucede que el paso del tiempo acompaña siempre a la destrucción*” (3). De lo que hablamos es – por una parte - de distintas significaciones para el sujeto a lo largo de su vida: ligadas a las diversas temporalidades de cada una de sus edades. Pero también hablamos de la finalización de la vida de un sujeto, su muerte, cuya consciencia lo hace único entre los seres vivientes. *Sabe que va a morir.*

El horizonte de la finitud, efecto paulatino del destronamiento de la omnipotencia de la psique y del narcisismo, hace acelerar el tiempo. Y lenta, pero insidiosamente, va instalando en su horizonte a la muerte. El tiempo de la infancia, el de la juventud, el de la adultez y el de la vejez son tiempos distintos, que tampoco escapan a lo epocal, y a la significación que se le otorga al tiempo para las distintas etapas de la vida. Significación transmitida por el Otro: es aquello que el Otro espera, designa, obliga de alguna manera, a vivir en cada momento de la vida de un sujeto. Ninguno de estos tiempos llega de un día para otro, y la sensación subjetiva – en nuestra sociedad al menos – es la de su aceleración

constante. El tiempo – la vida – parece pasar cada vez más rápido en la medida en que el sujeto acumula años.

El tiempo que habita en el sujeto es una aleación del tiempo individual con el colectivo. El individual es a su vez una aleación de las temporalidades de los distintos estratos de la psique: pero esta es una pseudoaleación, ya que el conflicto y la incoherencia están presentes. El yo con su pasado, su presente, su futuro: y en la Otra escena, una temporalidad que desconoce dichas diferencias.

Tiempo y sentido

Entonces, la vida es un soplo para el Yo. *El tiempo es un soplo*. Un Yo que vive atrapado en el tiempo. Cuánto más veloz es éste, más dificultades el Yo encuentra para la traducción/elaboración/historización. Se trata de ese Yo aprendiz de historiador, a la búsqueda de un sentido. Una instancia a la que le cuesta aceptar que la vida no tiene sentido: no tiene sentido dado de antemano. “*¿Era eso pues, era el tiempo aire y ella lo había dejado exhalar por un agujerito minúsculo del que no se había percatado? ¿Pero dónde estaba ese agujero?, no era capaz de verlo*” (4).

El ser humano puede crearse dioses para darse un sentido, puede inventar leyes de la historia para tranquilizarse, pero la historia, la vida, no tienen sentido: decíamos que no tienen sentido dado de antemano, aunque haya emergencia/creación de sentido. Reconocer el sinsentido abre la posibilidad de la libertad, de elegir un sentido con conocimiento de que se elige, pero también abre la dimensión de la angustia. El sentido es dado por la significación, y no es posible vivir por fuera de ella. La verdad no es lo que está por fuera de la significación, sino el hecho de la precariedad de todo sentido, de su carácter de provisorio, de lo inevitable de su caducidad, y sobre todo, de que es creación de los sujetos.

Entonces, no se trata de hacer un elogio del sinsentido, sino de alertar sobre el riesgo para el sujeto de quedar atrapado en el mismo. Por no poder apreciar que el sentido es precario, que es una creación. Vuelta a la libertad y a la angustia. El sentido, los objetos, las actividades, son precarios. Y la muerte nos enfrenta a “*lo sin-sentido de todo sentido*”. (5)

Inconsciente y tiempo

Se dice que en el inconsciente no hay tiempo. Sería más apropiado decir que no hay tiempo del modo en el cual lo conoce el proceso secundario. En el inconsciente el pasado, el presente, el futuro, están indiferenciados. El inconsciente vive en y vive en el inconsciente un perenne e indestructible presente, el presente del deseo inconsciente, en el cual la niñez está siempre viva, al igual que los deseos, los fantasmas y las angustias.

Para el inconsciente vale lo que sostiene Spinoza respecto de la intemporalidad de lo eterno. *El inconsciente no tiene tiempo, no es tiempo, no necesita del tiempo.* Aunque es afectado por la institución social del tiempo - tal como lo es por la represión originaria - que lo ordena y estructura parcialmente sin poder evitar que se conecten pasado, presente y futuro (que solamente lo son para el Yo) y haya irrupciones de anacronismos en los sueños, las ocurrencias, la creación artística y los síntomas. En el inconsciente reina lo ilimitado, hay desconocimiento de la muerte por lo tanto, aunque sea afectado por la muerte, como puede apreciarse en los fantasmas de disolución (vivencia de fin de mundo en la psicosis, por ejemplo). Desconoce la muerte pero no escapa a sus marcas. No hay ningún ser-para-la-muerte en el inconsciente. No lo hay en absoluto para el sujeto, cualquiera sea su instancia psíquica, no hay una idea de muerte *a priori* para el sujeto: así como no recuerda que ha nacido – todo lo que sabe es lo que los otros le han relatado sobre su nacimiento – no puede saber que morirá: “*se lo dijeron, y ha visto morir a otros. Nada hay en mí, nada mío y propio, que me diga que he nacido*”

y que moriré – nada “psicológico” y nada “trascendental”. El hecho de que nací y moriré es un saber esencialmente social, que me es transmitido/impuesto (y que, por supuesto, el núcleo más íntimo de la psyché ignora sin más)”. (6)

Tiempo, envejecimiento, muerte

Así como con el tiempo, la relación con la muerte tampoco es natural, y tampoco lo es con la vejez; para las sociedades ésta puede pasar de la veneración y el privilegio a un ser desecho, o a quedar atrapada en las redes del consumo.

En una sociedad en la cual la significación central exalta el imperio de lo nuevo por lo nuevo mismo, la vejez, la muerte, deben ocultarse necesariamente. Nunca tuvieron tan mala prensa. En tiempos de lo ilimitado, los límites de la vida humana son vistos como insoportables. Justamente por cuestionar la demanda del Otro que clama por lo ilimitado. La obsolescencia debe serlo solamente para los objetos.

Gran paradoja: cuanta más lentitud se apodera del sujeto, más vertiginosidad le exige el tiempo socialmente instituido. No hay un tiempo social para la enfermedad, la caducidad, la muerte. *Se trata de una cultura en la cual la significación de la mortalidad no encuentra lugar.*

Así, la institución imaginaria de esta sociedad tiende a no ofrecer elementos para la psique de los sujetos para la elaboración – hasta donde esta sea posible – del tiempo de la vejez -. Hay una suerte de destitución de la significación de la mortalidad. Que no es solamente algo referido a la muerte. La significación de la mortalidad es aquella que se opone a la desmesura (la *hybris*), a la falta de límites, a lo ilimitado, hoy encarnado en el núcleo de la “racionalidad” de esta sociedad. La tragedia (tanto la griega como la isabelina, así como lo hacen tantos mitos y leyendas) alertaba contra el riesgo de traspasar determinados límites. Límites que

no están dados de antemano sino que deben ser producto de la elucidación constante de los sujetos y de las sociedades sobre su mundo instituido.

De lo que se trata para el sujeto en análisis es de poder asomarse al abismo del sin-fondo del ser (Castoriadis), del sinsentido de todo sentido, y verse apresado en un doble nudo, *“vive como un mortal, vive como si fueras inmortal”* (7). Es también el doble nudo en el que se encuentra el sujeto, entre los deseos omnipotentes del inconsciente, y su yo. Es tomar contacto con el saber sobre la responsabilidad de lo hecho, de las obras, de las ideas, de los efectos que tendrán más allá del sujeto: los efectos de su accionar y de su pensar sobre las generaciones venideras. Pero también es tener un cierto saber sobre su finitud. Esto va de la mano de la destitución (absolutamente parcial) de la omnipotencia de la psique. Pero resulta que esta sociedad si algo exalta es esa omnipotencia. El destino de lo que trasciende al sujeto es algo que puede acompañarlo benévolamente en el tránsito hacia su muerte: el orgullo, la trascendencia de lo realizado, la alegría por lo logrado, y la aceptación –benévola– de los imposibles que halló en su camino. Hay también un hacer y un placer en la vejez (cuya fecha de inicio depende sobre todo de la institución social del tiempo) que puede hacer de quienes transitan esa etapa sujetos responsables, nunca caducos en su pertenencia al proceso productivo de vida, ideas, deseos, actos. Lugar difícil de hallar en la sociedad occidental actual. Que – como decíamos - se caracteriza por la exclusión de los no-consumidores y de los que no se adaptan al tiempo vertiginoso. Como decíamos, para el sujeto se trata de la lucha entre el rechazo de los límites y la finitud. El reino de la omnipotencia sigue presente en el fondo de la psique, haciendo imposible para el yo pensar su decadencia y desaparición. Mientras que se debe enfrentar a aquello difícil de ser renegado, relativo a las marcas del tiempo en el cuerpo y en las funciones del yo, las enfermedades, y el enfrentar la muerte de otros. En la vejez se hace imprescindible hallar un placer en la recepción que los otros hagan de su experiencia y legado, hallar un lugar activo en la sociedad (que llama a los viejos “clase pasiva”) así como el saberse ocupando un lugar en el deseo de los otros, tanto cercanos como para el Otro.

La vejez del señor que consultó en invierno

El señor que consultó en invierno tenía ya más de 70 años, y lo hizo por algo que describió como una depresión, con momentos de ansiedad y rabia que lo acosaban. Se había separado de su amante de años, su esposa había fallecido en el interín, una serie de catástrofes físicas lo habían aquejado, uno de sus hijos lo odiaba ilimitadamente, su ocupación laboral de toda la vida había llegado a su final. El abismo de un estado melancólico o alcohólico se abría delante suyo... ¿Qué esperar? Lo inesperado, que hizo irrupción en su análisis y que sirvió de guía para su cura: disfrutar de su erotismo vigente - produciendo que fuera más vigente aún - haciendo manifiesto su deseo por las mujeres, que al principio lo avergonzaba y que le permitió iniciar diversas aventuras hasta volver a estar en pareja; también disfrutar de nietos para los cuales era la figura paterna, y del tiempo libre y la posibilidad de hacer viajes, de revisar su historia encontrando una traducción más amable de la misma, de encontrarse con proyectos, ahora cerca - muy cerca - de los 80, y eludiendo toda posible jubilación, permaneciendo parcialmente activo tanto laboral como deportivamente. ¿Por qué irse entre lamentos? El deporte, lo amoroso y el disfrute de su sexualidad, el afecto de sus nietos/hijos, el encuentro con amigos (aunque algunos comiencen a "irse") van aportando luminosidad en lo que suele anticiparse como la obscuridad de la soledad, de la mano de un humor ácido con el que se refiere a este período de su vida, sabiendo que el final puede acontecer con poco aviso. Entre su humor, los recuerdos - para nada nostálgicos sino historizantes - y sus diversos placeres y dolores, más algunas despedidas, va jalonándose esta parte del sendero de su vida.

¿Final?

Más allá de todo lo expuesto en este texto, se abre otra perspectiva a partir de las promesas (y de ciertos logros que van haciéndose presentes) de la ciencia en lo respectivo a la abolición de enfermedades, y a la posibilidad de prolongar la vida *cuasi* indefinidamente, o – de mínima – de alterar considerablemente lo que conocemos como vejez. Esto complejizaría todo lo aquí expuesto, en un futuro que puede no ser muy lejano. ¿Qué implicancias tendría para la psique humana la ausencia del contacto (o una notable minimización del mismo) con la enfermedad y la muerte? ¿Y para la vida social? ¿Dejaría el tiempo de ser un soplo?

Una cosa es cierta, de ser esto posible, ya no podría Marguerite Yourcenar escribir estas bellas frases de su Adriano:

“Pero de todos modos ha llegado la edad en que la vida, para cualquier hombre, es una derrota aceptada. Decir que mis días están contados no tiene sentido; así fue siempre; así es para todos. Pero la incertidumbre del lugar, de la hora y del modo, que nos impide distinguir con claridad ese fin hacia el que avanzamos sin tregua, disminuye para mí a medida que la enfermedad mortal progresa (8) (...) Mínima alma mía, tierna y flotante, huésped y compañera de mi cuerpo, descenderás a esos parajes pálidos, rígidos y desnudos, donde habrás de renunciar a los juegos de antaño. Todavía un instante miremos juntos las riberas familiares, los objetos que sin duda no volveremos a ver... Tratemos de entrar en la muerte con los ojos abiertos...”. (9)

1. Tabucchi, Antonio. El tiempo envejece deprisa, Anagrama, Buenos Aires, 2010, pág. 116.

2. Aristóteles citado por Castoriadis, Cornelius, El mundo fragmentado, Altamira, Uruguay, pág. 15

3. Castoriadis, Cornelius, ob.cit., pág. 15.

4. Tabucchi, Antonio, ob. cit., pág. 21

5. Castoriadis. Cornelius, ob. cit., pág. 110

6. Castoriadis, Cornelius, ob. cit., pág. 156.

7. Castoriadis, Cornelius, ob. cit., pág. 110.
8. Yourcenar, Marguerite, Memorias de Adriano, Debolsillo, Buenos Aires, 2006, págs. 12
9. Yourcenar, Marguerite, ob. cit., pág. 262.

Desatando nudos. Desplegando escenas. Crónica de un taller psicodramático

Por Rosa Gremes

rosagremes@fibertel.com.ar

Leonel Sicardi

leonelsicardi@elpsicoanalitico

Crónica del taller

Realizamos este taller en el marco del IX Congreso Iberoamericano de Psicodrama, en la Ciudad de Buenos Aires, del 1 al 5 de mayo de 2013.

Al grupo original de participantes, se sumaron otras personas en un segundo momento, ya iniciado el trabajo.

Luego de nuestra presentación, la de ellos, y del taller, a modo de caldeamiento verbal, hicimos una introducción teórica sobre nuestra experiencia coordinando talleres vinculados con la problemática laboral en la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH), aclarando que nuestro objetivo para este encuentro era trabajar los anudamientos y obstáculos en el área laboral, mediante algunas técnicas que utilizamos en los talleres mencionados.

En primer término les entregamos dos hojas en blanco, con la consigna de dibujar una persona en una hoja y en la segunda hoja una persona trabajando, aclarando al dorso que actividad realiza.

Esta técnica proyectiva gráfica es de suma utilidad por los aspectos inconscientes que devela y a su vez, porque al finalizar el proceso permite hacer una devolución co-construida con cada integrante sobre su trayecto en el taller y su relación con el trabajar, o volver a trabajar.

Cabe aclarar que este taller se realizó en el primer turno, temprano de mañana, transcurriendo el tercer día de congreso, los participantes se hallaban con lentitud en caldearse. Encontrarse con el papel en blanco y dibujar, contribuyó a permanecer en el área intelectual, e inmóviles corporalmente.

Entonces, realizamos un caldeamiento en movimiento, propusimos recorrer el lugar, conectarse con el espacio y con los otros, con suficiente timing para prepararlos y prepararnos para dramatizar y dirigir.

Luego, sin apresurarnos, les entregamos un nudo hecho en tela, lana e hilo sisal, a cada integrante, con la consigna de desatar o intentar desatar su nudo, registrando sus sensaciones y emociones, asociándolas, a su vez, con situaciones vinculadas con el trabajo.

Consideramos que esta técnica, a través de un objeto, permite indagar introspectivamente representaciones y asociaciones con los propios anudamientos y obstáculos vinculados al área laboral.

Esta es una escena o proto-escena promovida al introducir un objeto concreto, que puede ser depositario de proyecciones y diferentes significaciones. Este elemento opera como facilitador de otras escenas que permitan conectarse con

aspectos negados, naturalizados o intelectualizaciones desprovistas de contenido afectivo que son como un rumiar, funcionando como una coraza defensiva.

Luego de la experiencia con los nudos, les solicitamos que compartieran sus sensaciones y asociaciones. Transcribimos algunos comentarios:

“Yo pensé que iba a ser más difícil desatarlo, me doy cuenta que la que me complico y me anudo soy yo”

“Mi nudo era rosa y en mi país nos ponemos cintas rosas para apoyar la lucha contra el cáncer, por eso me impactó.”

“Mi nudo era doble con hilo sisal y yo pensé es difícil de desanudar como mis problemas de columna que me impiden trabajar a pleno, pero no fue tan difícil desatarlo”.

“Mi nudo era de sisal también y pensé que áspero debe ser y me asombré porque al tocarlo porque era mucho más suave de lo que me imaginaba.”

“Tengo un solo nudo que traba todo lo demás...si eso se soluciona...”

A partir de los nudos, las asociaciones y la resonancia emocional generada con respecto al trabajo, se formaron dos grupos: **un grupo** cuyos integrantes tenían diferentes ansiedades vinculadas a la posibilidad de no tener trabajo, de no poder trabajar, de sabotearse, de perder el trabajo, y temor a la crítica y **otro grupo** cuyo problema se conectaba más con sentimientos ambivalentes con respecto al trabajo, sus integrantes tenían dos profesiones o áreas de trabajo que no podían integrar o articular, aspirando dos de ellas a ser más autónomas económicamente y una tercera, que no se había graduado y no sabía que iba a hacer al recibirse.

La siguiente consigna fue cerrar los ojos, conectándose con su nudo y con la emoción registrada y dejar venir una escena, observándola detenidamente.

Fueron apareciendo diferentes escenas. Relataremos algunas de ellas:

- Una mujer que tenía que delegar un proyecto de trabajo ideado por ella, en su

hija, ya que su problema de columna le impedía trabajar tan activamente como ella hubiese deseado.

- Otra integrante relata su temor al recibir una notificación del sistema de medicina prepaga para el que trabaja, temiendo que esto implique la notificación de la pérdida del trabajo.
- Una mujer oriunda de El Salvador, relató que trabajaba con grupos de mujeres víctimas de violencia sin percibir remuneración por eso, si bien le habían asegurado que se realizaría el pago, éste no se había concretado.
- Un integrante relató que un amigo suyo trabajaba sin recibir remuneración, y seguía trabajando por el hecho de continuar incluido en un espacio laboral.

Se elige sociométricamente una escena de estas escenas-nudo que se plantearon y el grupo opta por la de la mujer que teme que la carta recibida de su trabajo implique una notificación de despido.

Desplegando la escena elegida, la protagonista se encuentra entrando a su casa, que es también su consultorio y ve una carta de la empresa de Medicina Prepaga para la cual trabaja.

La coordinación le pide a la protagonista que elija a alguien para que “sea la carta”, una integrante toma ese rol, y le dice:

- “No te animas a abrirme...”

A continuación se le pide un soliloquio a la protagonista y dice:

-“¿y si me quedo sin trabajo a esta edad ?...”

Luego a partir de un cambio de rol, pasa a ser la carta que le dice:

-”tenés miedo de abrirme...”

Acto seguido, vuelve a su propio rol, y los compañeros del grupo hacen un doblaje múltiple donde aparecen temores y fantasías:

- “... ¿Habré metido la pata?”

- “... ¿A mi edad podré conseguir otra cosa?”

- “¿Será por aquel paciente que atendí y hubo problemas?”

La protagonista reconoce su miedo y se le pide que elija quien puede ser el miedo. Un participante toma ese rol, se le pone delante, no la deja ver ni avanzar.

Le pedimos un cambio de rol con el miedo y ella en ese rol, dice:

-“¿Cómo te vas a mantener sin este trabajo?”.

Cuando vuelve a su papel, abre la carta y ésta resultó ser una información administrativa. En ese momento, una integrante realizó un doble espontáneo del miedo y dijo:

- “Soy la realidad, no te asustes tanto”.

Los coordinadores le dijimos:

- “Qué le pedirías al grupo?”

- “Les pediría autoestima y confianza”, respondió.

Los integrantes del grupo se pusieron a su alrededor, en actitud de transmitirle confianza, a partir de lo cual la protagonista transforma el miedo en cuidado y decide correrlo a un costado, de tal modo que puede ver y avanzar, aclarando que al miedo no lo quiere sacar. Dimos por finalizada la escena.

Se solicitó un soliloquio a cada uno de los participantes, a partir del rol jugado en la escena y se realizó un breve momento de compartir grupalmente.

En esta instancia del taller se instrumentó otra técnica grupal psicodramática: “Las sillas vacías” .Se trabajó con todo el grupo, colocando tres sillas vacías, a fin de que cada participante se conectase con su deseo, ubicándolo en la primera silla, con el obstáculo a su deseo, ubicándolo en la segunda, y con los recursos que dispone, en la tercera silla. A medida que cada uno iba sentándose en cada silla, iba diciendo lo asignado para ese lugar.

Algunos de los contenidos que surgieron:

- “Que mis padres no se mueran (deseo), trabajan mucho en el campo y todavía yo estoy estudiando (obstáculo, no poder ayudarlos trabajando), hago todo para que ellos estén bien (recurso).”
- “Tener cosas para resolver- postergarlas - capacidad, tenacidad”
- “Concretar ideas para proyectos laborales – problemas de columna – colaboración de su hija y poder delegar en ella, quedándose ella en un rol organizativo.”
- “Trabajar y ser creativa – temor a la crítica – perseverancia”

Esta técnica tiene la virtud de abrir pensamiento, ordenar ideas y también producir algún insight para salir del orden de la inmovilidad y de la queja, teniendo un efecto multiplicador, ya que es un trabajo sociodramático, donde no hay un protagonista único sino que el grupo todo es protagonista.

Identificar los obstáculos permite, salir de espacios de encierro y captura y conectarse con otras posibilidades que se apoyan en los recursos propios.

Compartimos brevemente esta experiencia, pasando los integrantes a relatar sus resonancias.

Luego de pasar todos por esta instancia se realizó la devolución de los gráficos, realizando lo que denominamos test proyectivo gráfico psicodramático (TPGP). Los dos gráficos que tomamos al principio del taller fueron: “Dibujar una persona” y “Dibujar una persona trabajando”, escribiendo al dorso qué está haciendo.

No leemos estos gráficos proyectivos en modo tradicional, ya que no sería correcto por no estar insertos en una batería más amplia, ni tampoco lo sería por estar dentro de un taller cuyo objetivo es mantener el foco de investigación y elaboración del área laboral. Pero sí promovemos que aparezcan aspectos negados a la conciencia, vinculados con su posicionamiento subjetivo en relación con la temática laboral.

Habitualmente pedimos que observen detenidamente sus dibujos, que los comenten y luego imiten corporalmente la posición y gestualidad que aparecen en los gráficos. En esta ocasión ofrecimos a quién quisiera ofrecerse poder trabajar con su gráfico.

La persona que se ofreció era una profesional de la rama de Ciencias Económicas, que no vivía de su trabajo, y a la vez era psicodramatista. Realizaba talleres, sin obtener ingresos a partir de los mismos. El sustento de su familia provenía de su esposo. Su deseo era tener autonomía económica.

Toma el primer gráfico, “el dibujo de una persona”, y dice que ve una nena. En el mismo se veía claramente que tenía un pie doblado y que no la sustentaba. Le dijimos que se colocara en la misma posición y cuando lo intentó no pudo sostenerse. Ella no había registrado esto. Primera evidencia correlativa con su relato a lo largo del taller, acerca de su necesidad de autonomía.

En el segundo gráfico, “una persona trabajando”, aparecía dibujado un hombre, serruchando algo, en posición oblicua, inestable, no se sostenía. Nuevamente ella no lo podía ver.

Dice: “Está trabajando, el hombre, está serruchando”. Al colocarse en la misma posición que el dibujo, percibió su inestabilidad. Fue notorio como desde el registro corporal pudo conectarse con su dificultad negada.

Comentó luego: “Es el que más trabaja, el que sustenta”. Lo trabajado a través de los gráficos, coincide con su relato; pero éstos, sumado a su actitud y sus verbalizaciones, agregaron más elementos que darían para seguir trabajando con ella si no estuviéramos en un contexto de Congreso.

Luego comentamos la experiencia y sus resonancias en cada uno. Les costó despedirse. Tal vez contribuimos en algo a elaborar su situación laboral.

Consideraciones de los coordinadores, “a posteriori”

Del nudo a la escena

El nudo. Incorporamos un objeto real. ¿Para qué?

Para poner un foco en sintonía con un simbolismo relacionado con la problemática del trabajo. Es un facilitador y movilizador de escenas, opera como caldeamiento.

Un real que lleva consigo un imaginario. Facilita y articula. Prepara para profundizar psicodramáticamente.

Diversos tipos de elementos anudados de manera diversa: más flojos, más apretados, varios nudos, más suave de lo que parecía pinchudo, más fácil lo que parecía más difícil, más flojo lo que parecía apretado.

Diversos pareceres, diferentes subjetividades.

Múltiples escenas de nudos personales, anudamientos familiares y sociales.

Soltar, aflojar los nudos, des-anudar múltiples vericuetos de cada uno, algunos referidos a la vida, otros al trabajo.

El nudo representa algún obstáculo.

Aparece el miedo y el grupo lo elige como protagonista. Surge la escena.

Devolución del test gráfico proyectivo psicodramático

Cuando pedimos que se coloquen corporalmente como el dibujo muestra, en realidad damos pie para abrir otra escena que estaba latente pero pasible de ser conciente. Se hallaba plegada, y mediante el abordaje psicodramático la colocamos en superficie. Al desplegarse esta otra escena, encuentra coherencia con lo que la persona manifestó en el curso del taller.

Esta segunda escena es una importante apoyatura que distingue a esta técnica gráfica psicodramática de los tests proyectivos tradicionales, ya que en estos

últimos la persona se encuentra en un estado de pasividad corporal, en el momento de la devolución.

Nuestra técnica, en cambio, no sólo no es pasiva, sino que permite hacer evidente el obstáculo, promueve la capacidad de insight de cada participante, pudiendo articularlo con todo lo que fue expresando durante el taller. Resulta finalmente, una auto-devolución.

Una lectura de lo grupal

Desde nuestra implicación y registro contratransferencial en estas escenas focalizadas en el trabajo pero a su vez enmarcadas en la subjetividad de cada participante, nos preguntamos cual sería el personaje grupal emergente de este taller, con estos participantes y estos coordinadores.

Como personaje grupal, nos aparece el “desatanudos mas fácil de lo pensado”, lo deseado y lo temido.

En la expresión del grupo: “nudo fácil de desatar, sencillo”, vemos operando a la defensa, producto del imaginario grupal atravesado por sentimientos ambivalentes: temor a desatarse y deseo de superar obstáculos.

La realidad suplementaria que se expresa tanto en la escena como en las diversas técnicas psicodramáticas como inversión de roles, doblajes, la silla vacía, etc., permite que aparezca el personaje latente, el miedo, que anuda como defensa y amplifica el registro del obstáculo.

Dice J. L. Moreno:” Realidad suplementaria...significa que existen ciertas dimensiones invisibles en la realidad de la vida, no expresadas ni experimentadas por completo, por lo cual debemos usar operaciones o instrumentos suplementarios para llegar a descubrirlos dentro de nuestros marcos terapéuticos” (1).

En cuanto al aspecto temido y deseado, “el desanudarse fácil”, cabría hacer la asociación siguiente: el nudo que opera como sostén-red, pertenencia con otros,

en un contexto social y laboral donde impera la exclusión, desanuda-desanida miembros de su red.

Entonces, una posible lectura de la escena detrás de la escena, sería el miedo a ser parte del colectivo de excluidos que este contexto histórico social propone y produce.

Finalmente, podemos agregar que la violencia social en clave de exclusión es productora de miedos y tiene múltiples caras como ser: la sub- ocupación, desocupación y sobre-ocupación, generando precarización laboral y precariedad subjetiva.

Aclaración de conceptos teóricos.

- Caldeamiento: preparación del grupo para trabajar psicodramáticamente.
- Inversión de rol: el protagonista se pone en los zapatos del otro y viceversa.
- Sociometría: medición de las afinidades y rechazos en un grupo
- Yo auxiliar: integrante del grupo que toma los diferentes papeles del protagonista en la escena.
- Soliloquio: “monólogo del protagonista in situ” (2).
- Doble: un yo auxiliar toma un aspecto del protagonista, identificándose con él y lo actúa.
- Doblaje múltiple: “el protagonista se encuentra con varios dobles de si mismo. Cada uno de ellos retrata una parte de él” (3).

Bibliografía

1), 2,) y 3) Moreno, J. L., *Psicodrama*, Editorial Lumen Hormé, Buenos Aires 1978.

Crear y Reventar – Parte II

Por María Cristina Oleaga

mcoleaga@elpsicoanalitico.com.ar

“Cuando te reúnas con las personas más amigables que hayas conocido, quienes te presenten al más amoroso grupo de gente que jamás hayas encontrado, y descubras que el líder es la persona más inspirada, cuidadosa, compasiva y comprensiva que hasta ahora has conocido ... y todo esto suene demasiado bueno para ser cierto, ¡es probablemente demasiado bueno para ser cierto! No renuncies a tu educación, tus esperanzas y tus ambiciones para seguir un arcoiris.”

Jeanne Mills, ex miembro de la secta Templo del Pueblo, 1978 (1).

Introducción

Recomendamos especialmente la lectura de la primera parte del artículo, en el número 13 de El Psicoanalítico, (LINK) en la que abordamos el concepto de secta y sus características de estructura. Nos ocuparemos ahora de las posibles respuestas a este fenómeno, especialmente de la del Psicoanálisis.

Respuestas previsibles del entorno

La respuesta que consideraremos en primer lugar es la de la *familia* o los seres cercanos al adepto. En general, la primera reacción es de incredulidad, de extrañamiento. A medida que los que rodean al sujeto van comprobando que el nuevo estado que presenta se ha instalado para quedarse, las respuestas pueden ser varias, pero casi siempre están teñidas de *rabia* -ante los cambios que notan-; de *desilusión* -por ver que un proyecto se frustra; de *impotencia* -por no poder rescatar al otro-. Asimismo, todos suelen hacer desesperados esfuerzos por

denunciar al grupo de riesgo, por *convencer* a su ser querido de su grave error, esfuerzos que fracasan reiteradamente y que, a medida que se insiste en ellos, conllevan agrias discusiones, rencores y -lo que es peor- *aislamiento* creciente del sujeto respecto de su círculo más cercano.

Todo este circuito corre el riesgo de desembocar en el *rechazo*, ya que es muy difícil aceptar lo desconocido que se aloja ahora en el ser que siempre tuvieron tan cerca y del que creían saberlo todo. La respuesta del rechazo ante lo desconocido en el ser querido, por el *efecto de siniestro* que se produce, es -en todo caso- la peor respuesta ya que -veremos- puede provocar un corte drástico en el vínculo. Hay, sin embargo, respuestas más tolerantes, cuando el *narcisismo* de la familia consiente en admitir lo extraño, o incluso lo bizarro, en su interior.

Las respuestas del conductismo

La respuesta profesional más buscada, años atrás, era la así llamada *desprogramación*. Se trataba de una respuesta, o más bien de una *reacción especular*, que consistía en secuestrar al sujeto, llevarlo a algún sitio apartado, permanecer con él allí en forma clandestina y practicarle una operación similar a la que provoca el grupo de riesgo, pero de significación opuesta, con el fin de crear una aversión hacia el grupo y reinstalar la situación subjetiva previa a la captación. Para ello, el operador trabajaba con técnicas tan manipulatorias como las que emplean esos grupos. Si lograba su cometido, de todos modos no había elaboración de la situación ni -por lo tanto- estabilidad en el resultado. Las más de las veces, sin embargo, provocaba gran resistencia de parte del sujeto, mayor rechazo de su parte hacia la familia que había contratado al *experto*, e -incluso- denuncias penales que terminaban en una definitiva separación del grupo de origen. El método de estas intervenciones autoritarias, entonces, es similar al así llamado *lavado de cerebro* al estilo de la secta.

Otras técnicas, estas sí actuales, *cognitivistas* –o sea también *conductistas*- , tienen un parentesco no demasiado sutil con la desprogramación, aunque no

incluyan su aspecto agresivo manifiesto porque trabajan con la cooperación del paciente. Los principios, espejo de la intervención manipuladora, son –sin embargo- similares. Se trata de varias *técnicas*: de refuerzo -positivo o negativo- de conductas; de autocontrol; de autosugestión; de aserción; de modelado; de desensibilización; de castigo o de autocastigo; etc. Todas ellas suponen, desde luego, el sumir al sujeto en *estados de relajación y entrega*, para entrenarlo en *prácticas de modificación de conducta*.

La respuesta del Psicoanálisis

La respuesta del Psicoanálisis, en estos casos, es la intervención que apunta al *reconocimiento del sujeto*. La demanda, sin embargo, rara vez proviene del mismo sujeto afectado, pero la tarea es *convocarlo, real o simbólicamente*. Si el que concurre es el adepto mismo, en crisis –desde luego- con el grupo de riesgo, el abordaje será como el de cualquier sujeto. Sin embargo, el analista tendrá que adentrarse especialmente en los rasgos y peculiaridades de la secta en cuestión, más allá de conocer los efectos subjetivos de la manipulación que se sufre en esos espacios.

Mención aparte, y de primerísima importancia, merece el tener que hacer un *diagnóstico presuntivo* para operar sobre el adepto mismo o a partir del grupo de origen. Es decir, tenemos que poder definir si el sujeto es un neurótico que advino al lugar de objeto en el grupo de riesgo o si se trata de una psicosis que ha encontrado, a pesar de todo lo que la familia rechaza, un ensamblado entre su delirio y la oferta de la secta. En estos casos, es preciso apuntar a mantener al sujeto estable en la *solución* que ha logrado. No son, a pesar de lo que habitualmente se escucha –“Hay que estar loco para ser captado por esos delirantes”- casos mayoritarios.

En primer lugar, en la clínica, si volvemos a ocuparnos de la neurosis, se trata del armado de las redes de contención para *alojar a un sujeto en ausencia*; de acompañarlo, así, a la espera de su retorno. Es el trabajo sobre lo que haya:

padres, amigos, parientes, etc. Ellos son los que pueden hacer algo y, en este sentido, es básico lo que se encuentre ya allí: el tipo de vínculos, el afecto intersubjetivo, la historia. La apuesta se sostiene- en gran medida- sobre este cimiento. De no ser muy sólida esa base, habrá que ver de qué modo se podrá o no *despertar el deseo*, animar esos vínculos, revitalizarlos.

Si prima el *narcisismo* -es la peor opción-, no habrá modo de que la familia vea, en el adepto, al ser amado que se intenta rescatar. En estos casos, se produce un rechazo: "Este no es aquel", por parte del grupo de sostén, que no hace sino corroborar -a los ojos del sujeto- lo que el grupo de riesgo le ha advertido: "Sólo te quieren y aceptan si sos igual a ellos. No respetan tus elecciones cuando no las aprueban ellos. No te quieren de verdad, como nosotros. Son negativos para tu crecimiento espiritual. Lo mejor es apartarte, *desapegarte*". Son las situaciones más difíciles de sostener: introducir al que antes fue allí donde nadie puede hallarlo.

En este sentido, el analista es aquel que -ungido por la transferencia de los que consultaron- se convierte en el que arma, *reconstruye* junto con los otros, al sujeto que perdieron. Para ello los convoca, los estimula para recordarlo, para recrearlo. En este sentido, todos los recursos son válidos: las fotos, los relatos, los recuerdos, todo lo que la familia pueda aportar, lo que permita reinstalar una mirada diferente y creativa. Asimismo, el analista es quien lo mantiene *vivo*, incluso contra las evidencias de que ese que fue ya no está, cuando las manifestaciones que todos comprueban -los desplantes y agresiones que ejerce contra su grupo de origen, la distancia a la que se mantiene, etc.- hacen temer que no volverá. En ese camino, el analista tendrá que apuntar a recortar *lo más representativo*, lo más amado, lo que extrañan, de ese sujeto en el recuerdo de los otros. Asimismo, se estimulará la tolerancia a la inclusión de los *aspectos conflictivos*, de modo de revisar su evolución y de ver la relación que pudieran tener con la captación del sujeto por el grupo de riesgo. La red inicial, con estos fines, puede ampliarse, incluir amigos, etc.

Poner los datos y recuerdos en circulación, traerlos al presente cuando interactúan

con su familiar (“Recordás qué bien lo pasamos en ...”; “Mirá lo que encontré en ... que me hizo acordar a ...”; etc.) es parte de la apuesta: rescatar siempre al sujeto. Además, intentamos promover en él la mirada que antes tuvo sobre sus vínculos, mirada que el grupo de riesgo deforma para hacerle ver cuánto lo limita y perjudica su historia y su pasado, qué maltrato ha recibido, y –en contraste- qué buena es la vida que se le ofrece ahora en la secta.

Será un camino, a diferencia de las respuestas conductistas, a contramano del que realiza el grupo de riesgo que se centra en el *aplanamiento de la subjetividad*, en el *todos iguales*, todos hermanos. Requiere de *redes*, como dijimos, que se pueden fortalecer, ampliar, arborizar y alimentar, pero difícilmente inventar desde la nada. En verdad, ese dato es lo que hay que verificar de entrada para poder encaminar la demanda de los que consultan. ¿Hay, para ellos, un sujeto o será preciso hacerlo surgir? Es un dato de diagnóstico y de pronóstico, aunque más no sea provisorio, como los que acostumbramos a encontrar en nuestra clínica.

Se podría trazar, quizás, un paralelo con el análisis con niños, en este punto del trabajo acerca de su lugar para el Otro, pero a condición de mantener una importante diferencia que complica la cuestión. En el caso de la clínica con niños, tendremos -con seguridad- acceso al niño mismo para verificar su lugar respecto del Otro y para alentar el surgimiento y el despliegue de su subjetividad. En el caso del adepto, hay que evaluar muy bien si vamos a citarlo o no. Las más de las veces esta contraindicado hacerlo. La *demanda* viene, en general, de la familia o de la pareja y son ellos los que podrán, o no, operar -en un comienzo- sobre el sujeto. Así como con los niños -en los casos de mejor pronóstico- a veces basta con intervenir sobre los padres para obtener un efecto en el sujeto, en estos casos pretendemos lograr algo así. En otras oportunidades, es el sujeto el que puede llegar a demandar algo, si es que el devenir de su grupo de pertenencia logra hacer vacilar su certeza.

Se trata, sin embargo, de un armado dificultoso pues -en general- los que llegan lo hacen después de haber transitado por enfrentamientos, agresiones recíprocas, rechazos y -sobre todo- grave injuria psíquica: el tipo de sufrimiento que ocasionan

estos grupos también en el entorno del adepto. Es el *encuentro con lo siniestro*: lo extraño en lo más íntimo, referido a un ser querido y las múltiples respuestas que pueda ocasionar en cada uno.

Sabemos, de todos modos, que este abordaje nos permite acceder a una multiplicidad de relatos y de imágenes que son apenas lo que del sujeto han construido los que lo rodean. No pretendemos, por esta vía, saber de la particularidad que concierne a su ser. Apenas armar, eso sí, al ser que los consultantes pretenden rescatar, al que ellos echan de menos, así como ayudarles a descubrir y a tolerar aspectos de ese ser que, probablemente, habían renegado.

El analista también ocupa un lugar de estímulo para que el grupo consultante pueda desarrollar o mantener su *entusiasmo* por aspectos de su vida que no tienen que ver con el adepto y que, generalmente –en esas circunstancias- son desestimados. Se trata de que puedan vincularse con el sujeto desde un lugar deseante, en relación con actividades, intereses, pasiones que no le conciernen sino que pertenecen a cada uno de los miembros de ese grupo sostén. De algún modo, aunque estén fuertemente tocados por la pérdida de su familiar, es preciso que se instale la *terceridad*, la posibilidad del surgimiento de *lo creativo*, la circulación del *humor*, todo lo que introduce un corte en el clima que, de otro modo, resulta encerrante para aquel que ha comenzado a significar a su grupo de origen desde los estereotipos que le ofrece la secta y no encuentra en él sino lo que le confirma esos *sentidos coagulados*.

El *humor* es un aliado especial dado que -como los grupos de riesgo en general carecen de él y son más sensibles sólo a lo cómico- sirve para introducir algo inédito en el interior de los vínculos externos a la secta. El *lenguaje poético*, asimismo, es otro *elemento disruptivo* así como todo aquello que abre al enigma y hace vacilar los sentidos y las certezas. La introducción de estos elementos, no solamente en el contacto cotidiano sino también a través de lecturas, películas, muestras artísticas, etc. es un modo de acceso al sujeto que, sabemos, está allí, más allá del robot en el que parece lo ha convertido el grupo de riesgo. Se intenta abrir una dimensión vinculada con la falta de sentido y, a la vez, ofrecer alguna

punta para el trabajo subjetivo de enhebrar, de *elaborar* sin patrón, muy en oposición a lo que aporta el funcionamiento sectario.

La familia, como decíamos al comienzo, pretende apelar a la racionalidad del sujeto, convencerlo de su equivocación, destrozar con argumentos su adhesión al grupo. Además de reforzar con ello el lazo del adepto a la secta, cierra aún más la posibilidad de que aparezca una grieta. Recordemos que la *adicción a grupos* de riesgo es una respuesta denegatoria a la grieta constitutiva, a la castración. Es por ello que no apelamos a la racionalidad, sino que intentamos instalar *lo lúdico, lo creativo*, aquello que irrumpe, afecta, desestructura, y puede *dar en el blanco* de nuestro sujeto.

Sin embargo, también alentamos al grupo que consulta a *informarse* y a *interrogarse* todo lo posible acerca del grupo concreto de riesgo que ha captado a su ser querido. Se trata de buscar material, leer, saber cómo actúa y qué proclama, etc. Los mecanismos de manipulación mental que utiliza la secta deben conocerse. Importa entender cómo trabajan, poder describirlos y que la familia reconozca, así, el proceso por el que ha pasado ese sujeto afectado; o sea todo aquello que ha colaborado para llevarlo a ubicarse en un lugar de objeto respecto del líder. Asimismo, podrán ejercer un rol disruptivo en relación a esos efectos, cuanto mejor comprendan cómo se produjeron y cómo se sostienen.

Del mismo modo, se impulsa al grupo a buscar información acerca de *ex miembros*, si los hubiera, que narren su experiencia. Saber, en estos casos y como ya lo dijimos, no busca resolver nada a través de la racionalidad. Sí, por el contrario, es muy útil cuando se da la posibilidad de hablar con el adepto, no para criticarlo sino para conocer sus propias versiones sobre el grupo. En ese caso, preguntar desde lo que saben por otras fuentes puede minimizar los riesgos de confrontación con el familiar comprometido y mostrar –además– el interés que se tiene por él.

Muchas veces es preciso actuar con rapidez pues es frecuente que esos grupos destinen a sus miembros a otras ciudades, les encomienden misiones lejos de sus

grupos de pertenencia, los sometan a aislamiento, y hasta les digiten casamientos con gente de otros sitios. Intentan asegurar –así- el desprendimiento efectivo del sujeto de los lazos de origen para que ese aislamiento contribuya a su subordinación.

Esperamos, entonces, que el grupo sostén actúe como correa de transmisión; constituya un anclaje probable para el sujeto; resista –sin ninguna oposición declarada- a una mayor absorción del sujeto en el grupo de riesgo; ofrezca modelos de identificación abiertos, proclives al ejercicio del espíritu crítico, deseantes. Básicamente, es esa *circulación del deseo* la que abrirá canales para permitir la reinserción del sujeto, o –en su defecto- posibilitará que éste pueda mantener un contacto afectivo con su grupo de origen sin que esté marcado por temores persecutorios. Por otro lado, estas vivencias actúan de hecho –sin declaraciones críticas- como *contra discurso* al discurso autoritario del grupo de riesgo, el que ejerce una prédica permanente contra cualquier forma de *exogamia* y se enfrenta, por ello, con todo lo que tenga que ver con el origen del sujeto, de quien pretende ser su *verdadera familia*.

Ayudar a que el sujeto se aparte del grupo de riesgo no siempre es posible, no tenemos certezas que prometer, pero -en todo caso- sí podemos aspirar a que encuentre o retome un lugar en su grupo de origen -delicada maniobra- y a que lo conserve, como condición para una salida futura y como albergue en caso de que la misma suceda. Hay que recordar el sufrimiento por el que atraviesan quienes logran salir de esos grupos y el trabajo reparatorio que es preciso que realicen, el que se facilita con los aportes de los vínculos que puedan esperarlos afuera, los que hayan resistido a la destrucción a la que los somete la secta.

Nota

(1) “When you meet the friendliest people you have ever known, who introduce you to the most loving group of people you’ve ever encountered, and you find the leader to be the most inspired, caring, compassionate and understanding person

you've ever met... and all of this sounds too good to be true, it probably is too good to be true! Don't give up your education, your hopes and ambitions, to follow a rainbow."

Jeanne Mills, Former member of the People's Temple, 1978

<http://www.mycultlife.com/signs-of-an-unhealthy-group/>

(La traducción es mía. El Templo del Pueblo era la secta fundada por Jim Jones, quien impulsó a sus miembros a un suicidio masivo, en Guyana en 1978)

Bibliografía

Hoeylaerts, Véronique, *Vers une definition du mot "secte"*, SOS sectes.

Lifton, Robert, *Criteria for Thought Reform*, International Cultic Studies Association,

Singer, Margaret, *6 conditions for Thought Reform*, International Cultic Studies Association,

Langone, Michael, PHD, *Cults: Questions and answers*, International Cultic Studies Association,

Rodríguez, José, *Esclavos de un Mesías. Sectas y lavado de cerebro*, Editorial Elfos, Barcelona, 1984.

Erdely, Jorge, *Cómo identificar una secta*,

Largantza (Red de Prevención Sectaria) <http://redune.largantza-org.overblog.com/>

Info Secte/Cult, <http://infosect.freeshell.org/infocult/ic-home.html>

CIAOSN, Centre d'information et d'avis sur les organisations sectaires nuisibles, <http://www.ciaosn.be/>

Revisitando la hipocondría (*) (Segunda Parte)

Por Marcelo Armando
mdarmando@hotmail.com

Las teorías

Un repaso por los textos pone de manifiesto lo variado de las conceptualizaciones y parece reforzar a su vez la impresión de heterogeneidad del fenómeno. De hecho las proposiciones teóricas son también diversas y es notable que se apoyan en fundamentos conceptuales diferentes. El presente artículo no pretende examinar a fondo todas y cada una de las cosas que se han formulado sobre el tema a lo largo de la historia del Psicoanálisis. Pero sí se propone recorrer algunas propuestas teóricas a modo de indicación, intercalando algunos comentarios.

Las primeras señales en Freud aparecen en Schreber (1911) emparentando las manifestaciones hipocondríacas con la paranoia. Allí sugiere, sin desarrollarlo, que la hipocondría no lograría culminar en el intento de colocar afuera el perseguidor. Algo más tarde, en Introducción del Narcisismo, la ubica como la tercera neurosis actual, en serie con la Neurastenia y la Neurosis de angustia.

La hipocondría es postulada aquí como el núcleo actual-neurótico de las neurosis narcisísticas (así como la neurosis de angustia lo es de la histeria, y la neurastenia de la neurosis obsesiva.) La hipótesis de base es la de la retracción de la libido que se estanca sobre el Yo. Y no sólo en la Hipocondría. Freud la vincula con el dolor físico y con la excitación erógena. Véase que el punto de partida clínico es la delimitación de un nuevo universo clínico: el de las neurosis que no son de transferencia. Las que a partir de aquí se denominarán Ns. narcisísticas. La

teorización está orientada a considerarla en primer término un fenómeno propio del Narcisismo. Más enfáticamente, Ricardo Avenburg (Revista de APdeBA, N° 1) la considera uno de los cuadros *a partir de los cuales* Freud extrajo el concepto de Narcisismo. Queda así situada entre los cuadros que no se definen por el conflicto, o por el juego de representaciones o por la capacidad de transferencia, sino, primordialmente, en virtud de una dinámica libidinal particular. Una tal conceptualización, anclada en una proposición meramente cuantitativa, no alcanzaría para dar cuenta del fenómeno hipocondríaco de modo abarcativo. Porque entendido así, como producto de una novedosa topografía libidinal, la participación de lo representacional quedaría excluida. Y en tanto manifestación narcisista, tampoco sería esperable que tuviera capacidad de transferencia (1). Examinemos este argumento. Resulta claro que la clínica de la Hipocondría no se reduce a las patologías del Narcisismo.

Y por cierto que es factible presenciar fenómenos hipocondríacos derivados de vicisitudes de la transferencia (actings hipocondríacos). Pero además, que en su manifestación resuena con cercanía la evocación de desafío, de pulseada, de destitución de la figura parental, representada en el saber del médico, o del analista. No podrás conmigo, no sabés de mí, sólo yo me entiendo, tu autoridad no es nada. Todas ellas modulaciones propias de algún tipo de transferencia.

Un rodeo para aludir a la cuestión de lo representacional: los órganos del cuerpo son variados, las enfermedades posibles también; y es seguro que tanto unos como las otras son depositarios de fantasías, huellas, imaginarizaciones, marcas de la historia personal y de la cultura. La capacidad de lo histórico-epocal en la construcción de la argumentación hipocondríaca es evidente: si la TBC fue el tema hipocondríaco del s. XIX, el cáncer de buena parte del siglo XX, desde hace algunos años el SIDA ha hecho su aparición estelar. Para colmo, imbricado con la vida sexual. La influencia de los hechos contingentes resulta asimismo indiscutible. Véase entre nosotros, recientemente, los efectos clínicos de la gripe porcina. No hace mucho tiempo, cuando en aquella circunstancia los medios conservaban y

fabricaban preocupación por el tema, dos o tres pacientes se abstenían de darme la mano, uno de ellos con cordial disculpa: “no es nada personal”, me decía mientras destapaba el alcohol en gel para frotarse las manos. Entretanto la TV contaba muertos en los zócalos de los noticieros, contribuyendo con la socialización del fenómeno (¿hay hipocondrías sociales?).

Retomando la cuestión de lo representacional: en 1915, el trabajo sobre Lo inconsciente parece corregir, o ampliar, o complejizar la apreciación. En el capítulo VII, Freud toma como ilustración una paciente de Tausk que siente que tiene “los ojos torcidos”. La muchacha, que llamativamente habla de ella en tercera persona, formula una serie de reproches contra su novio, a él que es un hipócrita, un “ojo torcido” (así se le dice en alemán al que engaña). Él le ha torcido los ojos a ella, así se lo cuenta a Tausk, y por eso ella tiene ahora sus ojos torcidos. Freud le atribuye a este decir (ojalá todas las esquizofrénicas fueran así de comprensibles psicológicamente) “todo el valor de un análisis” (...) “un órgano se ha arrogado toda la representación del contenido”. Hay un lenguaje hipocondríaco, lenguaje de órgano. Lo cual es una metáfora para afirmar que un pensamiento encuentra un lenguaje en el que se puede incluir al órgano. Esto ofrece terreno fértil para que ese pensamiento se exprese, pero con un salto sustancial que consiste en que la representación del propio cuerpo, de uno de sus órganos en este caso, queda modificada. Entendida así la cuestión, las representaciones, las palabras, las significaciones son incluidas, jugando un papel central. La génesis de la hipocondría quedaría, a partir de este ejemplo, abierta al juego significante. Y amplía el espectro de su construcción como producción psíquica: ya no alcanza con una cuota de libido anclada en el Yo. Habrá que ver con qué trama y representación está funcionando ese Yo y por qué y cómo se “eligió” ese órgano. (2)

Repasemos ahora los aportes post-freudianos (3). Sus biografías lo destacan como un clínico extraordinario. Se definía a sí mismo como un hipocondriaco. De hecho padecía múltiples síntomas corporales inespecíficos: dolor precordial, cefaleas, disneas. Falleció a los 59 años de una enfermedad de diagnóstico incierto.

En uno de sus escritos póstumos (Clasificación Psicoanalítica de las neurosis. actuales, de 1933) afirma que hasta ese entonces la hipocondría ha sido el fenómeno menos estudiado. En términos generales su conceptualización sigue a Freud en cuanto a la dinámica de la libido “desplazándose” hacia determinados órganos. Ferenczi lo asimila a una regresión al autoerotismo. Considera a la Hipocondría un posible “núcleo” de variadas enfermedades psíquicas. Postula la vigencia de un clivaje somato-psíquico entre los pensamientos y el cuerpo. Más adelante postuló la existencia de una Neurosis de órgano, en la que el erotismo anal sustenta la fantasía de retener dentro de sí una posesión valiosa y exclusivamente propia, que sólo él controla. Algo dentro del cuerpo queda de este modo erogeneizado. En otro caso habla de un fantasma de embarazo modificado.

En esos términos lo retoma Anna Freud, quien veía a la Hipocondría con frecuencia en niños huérfanos, entendiéndola como una identificación con la madre perdida. El cuerpo propio, supuestamente desvalido, se convierte en su propio niño atendido por una madre preocupada.

Klein hace un aporte decisivo al poner en relación los sentimientos de persecución y depresivos con la hipocondría. Y rescata la participación de toda una fantasmática en juego. Ya en 1935 destaca el papel de la agresión en la H. (Una contribución a la psicogénesis de los estados maniaco depresivos) Refiriéndose allí a una paciente hipocondríaca, afirma que en los diversos órganos sobre los que ella se preocupa están internalizados sus hermanos, a quienes siente haber dañado y necesita comprobarlos vivos. Así, *la preocupación consciente por el órgano sustituye otra preocupación, inconsciente, por los objetos que se habría atacado. Hay claramente una operatoria simbólica por la cual un término reprimido, el daño a los hermanos, es sustituido por otro. Lo que permanece invariado es la preocupación. Esta sustitución juega un papel defensivo contra la verdadera ansiedad que hay en juego. En 1952 postula en Algunas conclusiones sobre la vida emocional del lactante, que estas angustias que sustentan la Hipocondría tienen como factor fundamental el temor al ataque por parte de un objeto perseguidor internalizado, o bien el daño infligido por*

el propio sujeto a los objetos internos buenos. Ambos casos se experimentan como daño físico infligido al Yo. En efecto el paciente que nos dice “este hígado me va a matar” está concibiendo al órgano como algo ajeno a sí que lo está atacando. Y asimismo, aquel que se reprocha no cuidarse, fumar o comer de más parece dominado por el pensamiento de estar dañando su cuerpo “bueno”. (textual de H. Bleichmar, Angustia y Fantasma, 1986)

Rosenfeld sigue en términos generales las propuestas de Klein. Su contribución radica en postular a la Hipocondría como un intento defensivo contra las ansiedades confusionales, caracterizadas por la indiscriminación entre el objeto bueno y el malo, y entre las partes buenas y malas del self. La Hipocondría implicaría un clivaje por el cual una parte del cuerpo, al tomar el papel del perseguidor, permite mantener separado lo bueno de lo malo, disminuyendo la angustia. Aquí nuevamente la Hipocondría es un recurso defensivo. (Estados psicóticos, 1965). Más tarde, en “Hipocondria, somatic delusion and body scheme in psychoanalytical practice”, publicado en el International Journal, vol. 65 de 1984, diferencia distintos tipos de según la fantasía, siempre diferente, que opera sobre la imagen del cuerpo.

Dentro de la escuela americana Broden y Myers la consideran derivada de los sentimientos de culpa, sosteniendo que el fantasma masoquista de ser golpeado y torturado se encarna en el sufrimiento hipocondríaco, que sirve para aplacar el Super-Yo. Aquí nuevamente, la hipocondría cumple un rol defensivo, y por tanto es regida por el principio del placer.

Otro autor americano, Robert Stolorow, siguiendo a Kohut, distingue situaciones en las que no hay función defensiva, sino deficiencias en la consolidación de una representación cohesiva del Self. La Hipocondría sería en estos casos no una defensa sino una señal de alarma cuando la desintegración ha comenzado.

Otro autor interesante, cercano a estas corrientes y con trato personal con Kohut, es John Gedo (Más allá de la interpretación, 1979). Para él la molestia hipocondríaca tiene el valor de producir una autopercepción que contribuye aunque sea a un mínimo de integración. Parafrasea a Descartes haciéndole decir al hipocondríaco: “me duele, luego existo”. La Hipocondría es para él un esfuerzo, aunque regresivo, por mantener cierta organización del Self.

En cuanto a la escuela francesa, Pierre Fedida pone de relieve el papel del lenguaje en la representación hipocondríaca. En esto, en rigor, sigue al Freud de la paciente de Tausk. Formula que la queja hipocondríaca no es sólo ocuparse de un órgano, sino que debe ser entendida como una fascinación por el órgano en la palabra, una especie de alucinación verbal, que a él le parece específica de la Hipocondría. *El soporte de la alucinación no está en la percepción sino en la palabra misma. El órgano se alucina en la palabra: las palabras son, en tanto que primariamente investidas, el lugar de la modificación de los órganos.* (textual de La Hipocondría del sueño, 1972, publicado en La Nouvelle Revue de Psychanalyse)

También en el marco de la corriente francesa, Patrick Merot (El hipocondriaco: del dolor moral al sufrimiento imaginario, 1980) sitúa el síntoma hipocondríaco en relación a la estructura familiar. Tomando un caso clínico, rastrea el papel de un duelo no elaborado por sus padres, casados ambos a poco de enviudar. Tienen una hija, Estela, que es la paciente de Merot, atravesada por síntomas hipocondríacos. Estela ha sido criada entre algodones, por efecto de la suposición parental de que podía enfermar. Estela es instalada, dice Merot, en el lugar mismo del sufrimiento, en una identidad que le ha sido otorgada y que supone una fragilidad perenne. Es claro que aquí el inconsciente parental y la identificación cobran un rol relevante. Dice: el órgano del hipocondríaco representa el objeto perdido de la madre. Lo que en la madre es dolor moral, en la hija es sufrimiento imaginario. No es que el sujeto desee ser hipocondríaco. Lo que desea es ser objeto del deseo del otro y queda atrapado en lo que ese otro le ofrece.

En este texto, Hugo Bleichmar aporta sus propias hipótesis. Examina lo que él llama transformaciones discursivas. Para darnos una idea de esta categoría sirve evocar la secuencia freudiana “yo lo amo, él me ama, él me odia” tomado por Freud para la paranoia. Esta secuencia es un ejemplo de transformación discursiva. Bleichmar ve el mundo psíquico como una red arboriforme cuyo deslizamiento continuo puede, desde un punto de partida, conducir a representaciones que tienen poco que ver, a simple vista, con el punto de partida. Hace valer esta premisa para los estados emocionales y los cuadros psicopatológicos, postulando que el examen de estas derivaciones, estos encadenamientos permiten construir una nosología que no esté basada en compartimientos estancos, sino en una visión integral de los procesos psíquicos.

Así, propone varios puntos de partida posibles que conducen a la hipocondría, siguiendo cada uno de ellos su camino particular. Un posible punto de partida: el sentimiento de persecución. Dejando de lado expresamente cuáles son sus determinaciones, Bleichmar rastrea en qué términos mentales se expresa: me odia, me va a atacar, me quiere hacer sufrir, me va a castrar, me va a morder, me va a despedazar, etc. Estas formulaciones no son sólo frases. Albergan condensada toda una fantasmática, representaciones sobre el sí mismo, sobre el objeto y la relación con él. Todas ellas ponen al cuerpo en primer plano de lo que corre peligro. De allí que “algo me va a pasar en el cuerpo” es una derivación posible y facilitada. Y aún más si la palabra del otro significativo, dotó a la enfermedad del valor de despertar miedo.

La fantasía de castigo, otro punto de partida posible, e imbricado con la persecución: algo malo me va a pasar por lo que hice. Y castigo deriva hacia castigo corporal, daño en el cuerpo.

Ofrece una gama diversa de ejemplos, entre los que se incluye la demanda regresiva de amor a través de la queja, la culpa, especialmente la relacionada con la sexualidad (SIDA), la creencia primitiva por la cual aquella parte del cuerpo que participó de la ofensa es aquella sobre la que la punición debe actuar (la amputación

de la mano de los ladrones, la bofetada en la boca del niño que blasfemó, etc.), modos diversos de construcción de la hipocondría, dependiendo del punto de partida fantasmático y el camino derivativo que el proceso psíquico haya seguido, condensaciones, desplazamientos y operatorias de lenguaje de por medio.

Termino con una frase que tomo prestada de su libro, elegida porque resume bien lo que he querido aquí exponer: “estos ejemplos (...) en la producción de la hipocondría constituyen una prueba más de que a ésta se puede arribar por distintos caminos y desde distintos lugares, lo que convierte en necesario plantear un modelo de génesis que contemple varias posibilidades. El énfasis en un solo mecanismo o condición de origen (...) en realidad lo que está haciendo es convertir en condición suficiente lo que en el mejor de los casos es condición necesaria, y, en el peor, simplemente vía alternativa, ni necesaria, ni suficiente. Sólo un modelo que se plantee la psicopatología como basada en sistemas generativos en que se van articulando distintas subestructuras capaces de participar cada una de ellas en múltiples combinaciones, resulta adecuado para dar cabida a los distintos factores en juego”.

(*) La presente versión de este texto presentado en el Colegio de Psicoanalistas el 3/10/09 se ha visto enriquecida con los aportes de los colegas en esa ocasión

Notas

1. Al menos según la conceptualización clásica de la transferencia, y haciendo reserva de las vertientes que proponen modos diferentes de transferencia en las patologías narcisísticas.

2. A propósito de la “elección” del órgano sobre el que recae la preocupación hipocondríaca, bien podría uno valerse de la noción de complacencia somática. Pero hay algo que discutir. En primer lugar que la noción fue acuñada para la histeria de conversión. En segundo lugar que presuponía una zona de vulnerabilidad, o lesión **real** (reumatismo en el caso Dora) que facilitaba el montaje conversivo. Y en la Hipocondría no necesariamente comprobamos tal factor. Por otro lado en Introducción del Narcisismo, Freud afirma que **todos** los órganos de la economía son susceptibles de resultar erogeneizados, o sea catectizados libidinalmente: la erogeneidad es cualidad general de todos los órganos. O sea con o sin lesión. Entonces, ¿qué viene a determinar que **uno** de ellos se torne “complaciente”? ¿Es necesariamente un factor somático lo que ocasiona tal complacencia? La pregunta subsiste y nos obliga a considerar nuevamente que algo de lo representacional que opera sobre ese órgano tiene que jugar un papel.

3. En el siguiente recorrido por los diferentes postulados posteriores a Freud tomo como base sustancial el prolijo recorrido que hace Hugo Bleichmar en Angustia y Fantasma.

SUBJETIVIDAD

Perspectivas sobre el narcisismo en la vejez

Por Ricardo Iacub

riacub@fibertel.com.ar

Introducción

En los orígenes del psicoanálisis se consideró que la vejez producía un profundo cambio a nivel del aparato psíquico. Disminuía la cantidad de libido, se

incrementaba la pulsión de muerte, se producía una regresión evolutiva y aumentaba la libido en el yo. Todo esto se traducía en rigidez caracterológica y formas pre-genitales de goce libidinal que generaban cambios en el funcionamiento del aparato psíquico y limitaban el acceso analítico.

Estos puntos de vista fueron modificándose en el tiempo y finalmente, de una manera directa o indirecta, esta teoría fue una gran generadora de ideas y de prácticas teóricas y psicoterapéuticas relativas a este grupo etario.

Seguramente Erikson produjo uno de los más grandes aportes a la cuestión del desarrollo a través estadios en los que se producen ciertos desafíos, entre ellas las lúcidas referencias a la mediana edad y la vejez, que han dado lugar a nociones tan relevantes como las de generatividad e integridad.

Uno de los modos más clásicos en los que el psicoanálisis indagó la identidad en la vejez, ha sido a través de las vicisitudes del narcisismo. En este texto propondremos confrontaciones entre lecturas que tienen diferentes puntos de vista y, fundamentalmente, le otorgan diversos niveles de plasticidad o adecuación a los contextos vitales.

La perspectiva de Erikson

La mirada sobre el desarrollo de este psicoanalista apunta a la elaboración de una serie de estadios donde se promueven y tramitan ciertos desafíos, los cuales desencadenarán sintonía o distonía, en un equilibrio siempre dinámico.

Cada uno de éstos pone en juego deseos y temores, seguridades e inseguridades, necesidades y carencias.

Desde esta perspectiva se piensan elaboraciones positivas en la mediana edad y la vejez, que conducen a la generatividad e integridad, o negativas que conducen al estancamiento y desesperación. Cada una de estas elaboraciones se articula con otras anteriores, resignificándose y actualizándose en diversos momentos vitales.

El desafío específico de la vejez es la integridad Vs. la desesperanza o desesperación. Donde la integridad es definida como un sentimiento de coherencia y totalidad que corre el riesgo de fragmentación cuando aparecen pérdidas de vínculos en tres procesos organizativos: el soma, la psique y el ethos (1).

La noción de organización psíquica, relativa al anudamiento vincular en dichas esferas, permite al sujeto darse un sentido de integración que se confronta con la desesperación o desesperanza, la cual es considerada como un proceso de desintegración en donde el sujeto no encuentra lazos que lo articulen y le brinden seguridad. Es por ello que la muerte aparecerá no solo como inminencia y falta de tiempo para desarrollar proyectos, sino también como fragmentación y engaño de la esperanza primaria. Por ello su expresión es el disgusto o desdén que se traduce en enojo o desinterés vital para sí y por los otros.

Remarca la importancia del compromiso con las otras generaciones en la integridad, lo cual es un modo de anudamiento vincular más abstracto que permite trascender las limitaciones en los procesos organizativos, y que, es lo contrario del desdén de sí y de los otros.

Erikson (2000) distingue el concepto “fuerza” como un elemento necesario en cada desafío vital. La fuerza tiene como objetivo propiciar salidas sintónicas o de equilibrio positivo en cada uno de los desafíos emprendidos.

La sabiduría, concebida como la fuerza de esta etapa vital, implica la posibilidad de realizar cambios en la representación de sí que permita lecturas diferentes, con mayor proyección, abstracción y metaforización, posibilitando un sentimiento de interés renovado, seguridad y nuevos márgenes de control, y un sentido de continuidad y trascendencia en el otro u otros.

La sabiduría puede acompañarse de una ritualización filo-sófica o religiosa que provea índices externos de sostén, o de una narrativa que brinde sentido y significado, tanto a nivel de una creencia como de prácticas sociales repetitivas, ante un riesgoso desequilibrio.

Cohler (1993:119-120) reescribe a Erikson diciendo que: “la sabiduría conseguida en la vida tardía consiste en la habilidad para mantener una narrativa coherente del curso de vida, en la cual el pasado recordado, el presente experimentado y el anticipado futuro son entendidos como problemas a ser revisados más que como resultados a ser asumidos.” La sabiduría permite entonces articular la “preocupación informada y desapegada por la vida misma, frente a la propia muerte” (Erikson, 2000:67) Es decir la sabiduría como un saber cierto sobre la incompletud del ser, pero que permite rearticular un relato que posibilite el deseo de vivir, atravesado por una narración que de sentido al sujeto, en conexión también al otro.

La perspectiva de Salvarezza

Este psicoanalista argentino propone una crítica abierta a las lecturas psicoanalíticas acerca del aumento de la libido en el yo en la vejez, aunque al mismo tiempo rescata esta perspectiva de análisis. Propone una selección de los conceptos de la obra freudiana donde destaca que: a) “el narcisismo es un estadio necesario en la evolución sexual y, como tal, susceptible de prestarse como punto de fijación de la libido, con la consiguiente posibilidad de constituirse en polo de

atracción para la regresión; b) el desarrollo teórico está constituido fundamentalmente en términos económicos, y c) el desarrollo teórico establece una relación estructural entre la constitución del ideal, la autoobservación y la autoestima, haciendo depender esta última del narcisismo.” (Salvarezza, 2002: 147)

Al momento de especificar la cuestión en la vejez, busca plantear los términos en un eje que de cuenta de cómo la autoestima tiene una relación estructural con el ideal. Por ello define, siguiendo los desarrollos de Hugo Bleichmar (1976), al narcisismo como “la valoración que el sujeto hace de sí mismo colocado dentro de una escala de valores, en cuyo extremo más alto está el ideal y en cuyo extremo más bajo está el negativo de dicho ideal” (Salvarezza, 2002:149). La ubicación que el sujeto alcance dará lugar a la autoestima conseguida.

Para Bleichmar (1976) el ideal, en su aspecto positivo y negativo, surgiría a través de identificaciones tempranas que forjarían personalidades narcisistas, que se definen por funcionar con una lógica binaria de dos posiciones y con la lógica del rasgo único prevalente (Salvarezza, 2002). Esto llevaría a un interjuego entre rasgos altamente positivos y negativos interactuando permanentemente, lo que implicaría emociones fuertes y encontradas, especialmente de tensión y angustia, ante la inminencia del caer en el ideal negativo o un colapso narcisista ante la caída. El equilibrio se vuelve precario y con posibilidades de situaciones clínicas tales como la ansiedad y la depresión.

La vejez en este sentido se ofrecería como un campo propicio para incidir negativamente en la problemática de aquellos con personalidad narcisista debido a que no permitiría contar con la flexibilidad del ideal frente a los cambios que propone el envejecer y los prejuicios y estereotipos existentes.

Este modelo sintetiza una perspectiva que plantea rasgos fijos y estructurales desde donde un sujeto enfrenta su vejez. Lectura que permite concebir las

dificultades y los fenómenos clínicos que se desprenderían de este tipo de personalidad, aunque reduce el poder pensar el narcisismo como un concepto de mayor amplitud, que permita comprender el modo en que el yo se confronta a los cambios vitales.

Una lectura desde Lacan

Esta temática no fue abordada por Lacan y la lectura que se realizará es fundamentalmente desde su teoría del yo y el desarrollo que se desprende de su particular concepción del narcisismo.

Freud entendía al desamparo como uno de los ejes del futuro psiquismo del ser humano, ya que esta prematuración inicial forjaba la dependencia del niño hacia su madre.

Si la literatura psicoanalítica había descrito los aspectos de omnipotencia infantil, en especial desde Klein, en el que se relaciona con los otros a través del puro capricho, el psicoanálisis lacaniano revela otro aspecto. El capricho se invierte, apareciendo más del lado de quienes ocupen los roles de madre o padre, u Otros con mayúscula, que del lado del niño.

De esta manera la prematuración y el desamparo se presentan bajo una nueva luz, ya que develan la posibilidad de estar sin recursos frente a la presencia inquietante y amenazante del otro. Lugar donde se sitúa la experiencia traumática, ya que el sujeto aparece sin recursos frente al Otro.

Lacan (2006) sostiene que uno de los modos en que el sujeto se defiende del enigmático deseo del otro es a través de la representación del yo, y sus imágenes, las cuales responden a demandas del Otro y por ello contienen ideales y galas narcisistas.

La posición del sujeto es la de buscar adecuarse a dicho deseo y una de las formas de realizarlo es a través de la imagen especular (nuestro yo), la que se origina justamente en la identificación al deseo del otro, es decir a lo que el otro quiere de mi. Por ello, el yo no es más que una respuesta a ese deseo, es decir es lo que se inventa frente a lo enigmático del deseo del otro (Rabinovich, 1993).

La tesis lacaniana piensa un complejo circuito que estructura el orden del deseo al deseo del Otro. El sujeto, entendido como deseante, emerge como tal en la medida que haya otro que lo deseó. La posición del sujeto es la de intentar persistir en el lugar de objeto que causa deseo, ya que la única manera en que se sostiene el deseo es en relación con otro que lo desea.

En este sentido el yo cambia sus imágenes para complacer al ideal del yo (modelo al que el sujeto intenta adecuarse relativo a las valoraciones de los padres) pues es una de las formas en que sostiene ese deseo (Rabinovich, 1993).

La cuestión que puede emerger en el envejecimiento es: ¿de qué modo se presenta el sujeto frente al deseo del otro cuando los ideales sociales rechazan ciertas imágenes de la edad?

Veamos una viñeta:

María

“¿Y estás buscando trabajo ahora?

Yo no estoy buscando nada porque ¿cómo me voy a presentar? Mirame, tengo aspecto de vieja, no tengo pelo, no me pinto, no me arreglo bien ¿quién me va a tomar?” (2)

La viñeta expresa el padecimiento frente a la dificultad que se presenta en el momento en que aparece el deseo del otro y el yo siente que no lo alcanza a colmar, careciendo de recursos adecuados acusados al envejecimiento.

En este sentido, si el yo carece de recursos, en tanto no causa al otro, no podría defenderse de sus intenciones. La idea de intención se refiere a aquello que se quiere de nosotros sin contar con nuestra voluntad, es decir ser tratado como un objeto carente de autonomía.

Esta experiencia imprime una vivencia de desamparo frente a la que el sujeto queda como un objeto que puede ser abandonado, excluido o manejado.

Rabinovich (1993) señala que este lugar es el que el neurótico rechaza por estructura, momento que determina que todos los emblemas ideales, sexuados, representables en el espacio de la visión no sean suficientes para sostener la autonomía que presta el yo frente al otro.

La autonomía que se pierde resulta notoria en el texto de la viñeta en tanto que esa persona siente que ese cuerpo no le permite enfrentar al otro, llevándola a la inhibición o a la autodegradación.

Esta experiencia no resulta propia de la vejez, ya que es estructural al sujeto, la cuestión aparece en las particularidades que se podrían presentar en las contingencias del envejecimiento humano y las lecturas que la sociedad realiza. Sin que por ello supongamos que sea una experiencia de todo sujeto, ni tampoco que existan otros espacios de reconocimiento y deseo posibles.

La metamorfosis que deberá experimentar el yo dará cuenta de un proceso esperable en relación a los ideales sociales actuales y a la propia relación del sujeto con el otro. Es allí donde surge la dificultad del sujeto de posicionarse frente al otro cuando su lugar es cuestionado por la falta de ideales sociales sobre esta etapa vital. Más allá de las variantes estructurales e históricas que hacen que cada sujeto se defienda de maneras siempre singulares.

Mannoni (1992) enfatiza esta posición señalando que “El derrumbe psíquico de ancianos enfermos, aislados o mal tolerados por su familia o por la Institución, se debe a que en su relación con el otro la persona de edad ya no es tratada como sujeto sino solo como un mero objeto de cuidados. Su deseo ya no encuentra anclaje en el deseo del Otro. En su relación con el otro, el anciano instala juegos de prestancia y oposición de puro prestigio. La rebeldía es la única manera de hacerse reconocer, y la forma en la que puede subsistir una posibilidad de palabra. No preparados para vincularnos con las personas de edad, nuestra sordera nos quita recursos para que vuelvan a arrancar como sujetos deseantes” (Mannoni, 1992: 24-25)

Desde esta cita podemos entender cómo frente a la posibilidad de “ya no ser nada para el otro” aparecen otras alternativas por fuera de los marcos del deseo que llevan desde esta psicoanalista a lo que se denomina experiencias gozosas las cuales no refieren al disfrute sino por lo contrario a un tipo de relación al otro por la vía del padecimiento.

Mannoni (1992:10) remarca que “la persona se aferra a las vías del displacer por no poder poner en palabras la vivencia de un presente en el que el sujeto ya no encuentra su sitio. La mirada del otro, lejos de ser un soporte, lo fragmenta”.

Si el yo se presenta, particularmente en el espacio de la visión, como imágenes, la mirada del otro puede dar o no cabida. Dicha mirada podría devenir en soporte o en fragmentos, como en las viñetas antes señaladas.

En algunos momentos de la vejez hallamos que la ilusión frente al espejo puede devenir en ruptura más que encuentro, ya sea porque el otro no refleja ningún aspecto deseable, como el sentirse útil, importante, bello, poderoso, lo que podría generar, en ciertos casos, que se produzca una distancia entre el cuerpo y el sujeto.

Sin embargo, la relación del sujeto al otro no se reduce, a lo que Lacan denomina registro imaginario, basado en las integraciones de imágenes que identifican al sujeto con el yo desde una cierta lectura del Otro, sino que existen otros modos de relación que llevan al sujeto a poder superar esta dimensión.

Por ello Lacan consideraba un narcisismo suficiente cuando puede llegar a libidinizar el cuerpo propio, y un narcisismo insuficiente cuando aparece una rigidificación del yo con una incapacidad de libidinización del mismo.

Es importante tener en cuenta que este modelo teórico se refiere a experiencias que no son totalizantes a nivel del sujeto, sino que se establecen en relaciones, momentos y situaciones específicas, lo cual no invalida que en otras el sujeto pueda situarse de formas alternativas.

El recorte que se desprende desde esta concepción del narcisismo permite situar este concepto más allá de una estructura psicopatológica, pudiendo dar cuenta de la incidencia de los ideales sociales en las lecturas del sujeto, y su relación con el deseo, entre el sujeto y el otro.

Notas

- 1.- Esta referencia alude a las dificultades físicas, psicológicas o de orden social que pueden afectar al sujeto en su envejecimiento.
- 2.- Entrevista de la cátedra Psicología de la 3ra Edad y Vejez, UBA.

Bibliografía

- Erikson, E. (2000). *El ciclo vital completado*, Barcelona: Paidós.
- Freud, S. (1981). El Narcisismo en *Obras Completas*. Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1981). Psicología de las masas y análisis del yo, cap. VII, en *Obras Completas*, Madrid: Biblioteca Nueva.

Freud, S. (1981). El Moises de Miguel Angel, en *Obras Completas* p.36, Madrid: Biblioteca Nueva.

Lacan. (2006) *Seminario 10 La Angustia*, Buenos Aires: Paidós.

Kohut, H. (1969). Formas y transformaciones del narcisismo, *Rev. de Psicoanálisis*, 26 (2).

Lasch, Ch. (1979). *The culture of Narcissism*, New York: Warner Books.

Mannoni, M. (1992). *Lo nombrable y lo innombrable. La última palabra de la vida*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Rabinovich, D. (1993). *La angustia y el deseo del otro*, Buenos Aires: Manantial.

¿Todo bien? Sufrimiento y experiencia en el escenario adolescente

Por Magdalena Echegaray

maechegaray@hotmail.com

“Primero hay que saber sufrir, después amar, después partir y al fin andar sin pensamiento...”

Virgilio y Homero Espósito.

“Todo bien” es una frase polisémica, fiel a una tradición en psicoanálisis intentaré ponerla a trabajar, vale decir interrogarla. Todo bien o te cuento suele ser el modo en que es usada coloquialmente y por lo tanto queda de algún modo naturalizada. Es ese modo el que interrogaré. Vale decir, todo bien y les cuento.

Formulada a veces como una pregunta y otras como una afirmación en general por los adolescentes, la voy a poner a trabajar en relación a la noción de experiencia.

Giorgio Agamben (1) en "Infancia e Historia" analiza el lugar que ocupa y el significado que tiene la experiencia para los sujetos en la actualidad. Dice: "*En la actualidad, cualquier discurso sobre la experiencia debe partir de la constatación de que ya no es algo realizable*". Y continúa: "*más bien la incapacidad de tener y transmitir experiencias quizás sea uno de los pocos datos ciertos de que dispone sobre sí mismo (el hombre de hoy)*".

Para Agamben la experiencia es experiencia del tiempo: "*Los elementos de una concepción diferente del tiempo yacen dispersos en los pliegues y en las sombras de la tradición cultural de Occidente*".

Voy a tratar de cercar la noción de experiencia en uno de los sentidos posibles en psicoanálisis: la experiencia es aquello vivido y sentido que es habitado por el sujeto. En este sentido se contraponen a vivencia: la vivencia no es habitada por el sujeto aun cuando se inscribe en el aparato psíquico. El sujeto desde el punto de vista tópico se emplaza del lado del yo. Es sujeto capaz de autorreflexión, de interrogación para lo cual debe estar emplazado del lado del yo en donde impera la lógica de los procesos secundarios e investidura ligada. En la experiencia hay un sujeto que puede dar cuenta de ella.

Entonces en los primeros tiempos de la constitución del aparato psíquico cuando aún no hay sujeto del lado del infans y sí lo hay del lado del adulto, lo vivido por el infans pertenece a la categoría de la vivencia. Una vez constituido el aparato psíquico, la vivencia tiene lugar cuando el sujeto es arrasado por efecto de traumatismos. Respecto del primer caso veamos que Freud en el "Proyecto de una psicología" (2) (1897) escribe vivencia de satisfacción para referirse al momento inaugural de la constitución de la psique.

La experiencia se inscribe en las distintas instancias psíquicas del modo determinado en que cada una de ellas aloja sus representaciones específicas. Dice Silvia Bleichmar en las "Formas de la Realidad" (3): "*... lo que es del orden externo al aparato ingresó por dos polos al mismo tiempo: desarticulado del lado del inconsciente, pero produciendo movimientos e investimentos que generan cambios en la cualidad afectiva de lo inscripto, de modo tal que le da "sentido" a lo que ingresa sin que ello implique "significarlo", y del lado del llamado polo*

perceptivo, que en realidad podríamos considerar como organización discursivo-significante, interpretante del mundo exterior”.

Respecto del preconscious y el Yo que se superponen sin recubrirse, el primero aporta *“las herramientas de conocimiento del mundo y el yo inviste el mundo para que surja el deseo de su conocimiento”* (S. Bleichmar. *Idem*) a la vez que opera de modo defensivo y pudiendo obstaculizar el contacto con lo vivido desde sus propios enclaves narcisistas.

La experiencia entonces se inscribe en el aparato produciendo recomposiciones y complejizaciones en el psiquismo y agregando capacidad simbolizante. Este es un aspecto de la experiencia, su aspecto enriquecedor.

Hay otra clase de experiencias que lejos de enriquecer, desmantelan la capacidad de metabolización del sujeto, experiencias de carácter traumatizante en las que la ausencia de respondiente representacional, enfrentan a la psique a lo nuevo, radicalmente otro y el traumatismo es el efecto del exceso a que es expuesto el yo.

La experiencia es aquello que difícil de definir, tiene algo de intransmisible en tanto atraviesa la dimensión emocional, afectiva y de lenguaje del sujeto. Coincido con Martín Jay (4), historiador especialista en la Escuela de Frankfurt, quien prefiere pensar la experiencia como *“el punto nodal de la intersección entre el lenguaje público y la subjetividad privada, entre lo compartido, culturalmente expresable, y lo inefable de la interioridad individual”.*

Entre las tareas que deben afrontar los adolescentes habida cuenta que el embate puberal exige al aparato psíquico un esfuerzo de trabajo, de procesamiento.

Cuando emerge la sexualidad biológica encuentra todo el territorio ocupado por la sexualidad en el sentido psicoanalítico. En el sujeto humano lo adquirido precede a lo innato en relación a la sexualidad. Lo sexual innato decía J.Laplanche, aparece en el sujeto humano en un momento relativamente tardío del desarrollo en el período puberal o prepuberal. Pero esa sexualidad innata no encuentra el territorio virgen si no, completamente ocupado por lo que Freud llamó la sexualidad infantil. Sexualidad implantada por el otro humano, erogeneidad abierta

por el encuentro temprano con el otro adulto que debe ser ligada en términos de fantasmaticación de sus excedentes excitatorios como respuesta a los enigmas.

La puesta a prueba, el poner a jugar en la escena de la realidad la genitalidad y la agresividad son parte de las tareas y de los desafíos que deben emprender.

La confrontación con las generaciones anteriores con vistas a conquistar un territorio propio en el campo social y cultural es otra de las tareas a las que se disponen los adolescentes. Tarea esta que en los últimos tiempos se ve dificultada ya que la rebelión necesita de algo contra lo que hacerlo. Los adultos depreciados y con escasas posibilidades de transmitir su propia experiencia como algo valioso, no aparecen como referentes interesantes a la hora de rebelarse. Los adolescentes corren el riesgo de quedar a la deriva.

La identidad se construye en los primeros tiempos de la vida y en la adolescencia se consolida, a través de la negación determinada. De allí la importancia de estos movimientos confrontativos.

Los adolescentes están ávidos y temerosos de experimentar la vida.

Hacer la experiencia para tener la experiencia, he ahí la cuestión... y el desafío para los adolescentes. Hacer la experiencia no es lo mismo que tenerla. Se puede hacer la experiencia sin que el sujeto se apropie de ella. Puede hacerla sin estar allí donde la experiencia tiene lugar.

Retomo la frase que atrajo mi atención.

El “todo bien” aún en su polisemia remite al aplanamiento de la experiencia. Aleja y defiende de cualquier sentimiento vinculado al dolor o al sufrimiento. No hay contacto con la densidad de lo vivido.

Si “todo bien” es una pregunta, no es una que espere respuesta y menos que contradiga su enunciado. Como afirmación el todo bien que aparece en boca de los adolescentes por ejemplo al inicio de una sesión dirigida a mí, analista, como descripción de un modo de sentir y sentirse en el mundo, se cierra sobre sí misma. No interroga nada. Cierra el diálogo, no le hace lugar al otro.

Otras veces después que una paciente relata casi con entusiasmo y sin angustia la ruptura de un incipiente noviazgo que la había tenido muy ocupada en el último tiempo, agrega “pero, todo bien, eh”.

La aplicación del método, esa pareja desaparece que es la libre asociación por parte del paciente y la atención parejamente flotante del lado del analista podrán ayudar a salir de este no ha lugar.

El “todo bien” puede ser uno de los modos en que se manifiesta la defensa frente al sufrimiento que, sintónica con cierto aspecto de la subjetividad de época, banaliza la experiencia, y se presenta como una de las operatorias de desinvertidura de la pulsión de muerte. Piera Aulagnier ha trabajado lucidamente en esa dirección planteando como una de las respuestas posibles de la psique frente al exceso de sufrimiento es la desinvertidura, no sólo del objeto agente del mismo si no también de su representación y de la capacidad de la psique para producir representaciones. La muerte psíquica amenaza así en el horizonte.

Los y las adolescentes que parten alcoholizados al encuentro con las o los del otro sexo, estarían actuando el todo bien, una suerte de anestesia que pretenden los proteja de una experiencia tan deseada como temida: la experiencia de la sexualidad.

En mi experiencia clínica ciertos modos del consumo de algunas drogas se perfilan en la misma dirección.

Un autor que trabaja especialmente la noción de experiencia es Winnicott para quien va ligada a la noción de creatividad, a un modo de relación con la realidad exterior que está en las antípodas del acatamiento. El sujeto que hace y tiene la experiencia, se siente vivo y real.

En el artículo “Sueños, fantasía y vida” (5) Winnicott describe y analiza un modo peculiar de la disociación donde la persona no está donde están sus sueños y su vida, donde se agitan sus deseos y donde transcurre el tiempo y se siente interesante para sí misma. Me parece que el “todo bien” alude a esa clase funcionamiento defensivo. La persona (modo ficcional de referirme a un conglomerado representacional investido con afecto) está escondida en algún lugar donde se pretende que está “todo bien”, donde no pasa nada, ni bueno ni

malo, donde casi no hay vida. No hay allí sufrimiento pero tampoco investimento libidinal.

En el texto "Defensa maníaca" (6) (1935) Winnicott dice: "*Las fantasías omnipotentes no constituyen tanto la realidad interior misma como una defensa contra la aceptación de esa realidad*". Los "todo bien" que exploro me parece que se corresponden a una de las formas que el autor desarrolla como defensa maníaca y sus fantasías omnipotentes que pretenden poner al sujeto a buen reparo de la agitación interior. La capacidad de cada sujeto para entrar y salir de la defensa maníaca reflejará mayor o menor capacidad para afrontar y hacer la experiencia.

Silvia Bleichmar nos enseñó a diferenciar entre psiquismo y su constitución y lo que es del orden de la subjetividad. Al psiquismo le pertenecen aquellas invariantes a través del tiempo que corresponden a los elementos universales de la constitución psíquica: la tópica tripartita, el concepto de sexualidad ampliada, el concepto de pulsión, la capacidad representacional y de producir enigmas del sujeto humano.

La subjetividad se trata del "*posicionamiento del sujeto de cogitación ante sí mismo y los otros, sujeto "de inconsciente", atravesado por el inconsciente, pero articulado por la lógica que permite la conciencia de la propia existencia.*"(7)

El "todo bien" puede estar indicando una de las formas en que la subjetividad fue desmantelada representacionalmente.

Por eso reivindico el espacio de análisis como un lugar no sólo de alivio del sufrimiento producto de los conflictos sino como un lugar de producción de subjetividad, lugar de ligazón, de entramado representacional y afectivo de la experiencia, para tenerla.

Bibliografía

1. Agamben G. "Infancia e Historia". Adriana Hidalgo editora. 4ª Edición. Buenos Aires. 2007.
2. Freud S. Proyecto de una psicología T.I Amorrortu Editores. Año

3. Bleichmar S. La subjetividad en riesgo. "Las formas de la realidad" Topía Editorial . Buenos Aires, 2005.
4. Jay Martín. Página12. Suplemento radar Libros. 30/12/2001. La experiencia no se rinde.
5. Winnicott D. Sueños, fantasía y vida en "Realidad y Juego" Gedisa Editorial. Buenos Aires 2009.
6. Winnicott D. Defensa maníaca en "Escritos de pediatría y psicoanálisis" Paidós Psicología Profunda. Impreso en España 1999.
7. Bleichmar S. Estallido del yo, desmantelamiento de la subjetividad. En "El desmantelamiento de la subjetividad. Estallido del yo". Topía Editorial. Buenos Aires, 2009.

La Vejez, la memoria y la piel

Lic. Mónica Laszewicki
Docente en la Cátedra de salud Mental, UBA, Facultad de Medicina.
mblase21@hotmail.com

"A mi edad la vida no es fácil pero la primavera es bella y el amor también"
(Frase escrita por Freud, al día siguiente de su octogésimo aniversario) (1)

El imaginario social en la vejez

La estructura social prescribe aquello que es propio de la vejez, lo esperable, lo pertinente o no, también lo pasible de sanción.

Desde antiguo la vejez ha sido tanto reverenciada y exaltada como denigrada y despreciada.

Existen dos pilares conceptuales para pensar en la vejez, el punto de vista judeo cristiano y el griego.

Desde el punto de vista judío, el anciano está asociado a la sabiduría y a la bondad, recordemos un pasaje bíblico: Le preguntaron al rey Salomón ¿Quién tiene lugar en el mundo futuro?

-Todo aquel que honre a sus ancianos.

Nuestra Cultura se alejó lamentablemente de esta concepción y heredó la visión Griega de la vejez, según los Griegos el envejecimiento está asociado a las máscaras.

El viejo según esta concepción junto al deterioro del cuerpo va perdiendo el alma. Aristóteles expresaba, “Los viejos son desconfiados, miedosos, vacilantes, fríos y egoístas”.

En nuestra cultura según el imaginario social el viejo pierde sus capacidades libidinales, así toda expresión de deseo erótico resultaría repugnante.

En el modelo griego, la belleza, la juventud y el amor son indisociables.

Estos prejuicios sociales victimizan al viejo con la marginación.

Estamos ante un sistema de violencia ejercido sobre las personas mayores que se constituye también como violencia simbólica, en la medida que el discurso social se va construyendo desde mitos y prejuicios que somete al viejo al lugar de sujeto enfermo, discapacitado, deteriorado y asexuado.

Cuanto mayor sea la identificación del geronte con el imaginario social, mayor probabilidad de sucumbir a la depresión a consecuencia de la cancelación del proyecto vital así como el investimento de aspectos mortíferos.

Es factible que haya ciertos ancianos que preserven la pasión gracias a la presencia de investiduras en proyectos vitales, vínculos intrapsíquicos e interpersonales libidinales favorecedores de la autoestima.

Están organizados psíquicamente de manera tal que facilitan movimientos progresivos, vinculares e integradores que les permite defenderse de la mirada discriminatoria.

Podrán entonces buscar y construir lazos de apoyo social que previenen y atenúan las situaciones críticas y la enfermedad, incrementando inclusive los mecanismos inmunológicos.

En la obra de teatro “For Ever Young” por ejemplo, se observa con claridad, como el apoyo social, el despliegue de aspectos creativos, sostiene y transforma la fragilidad física y psíquica que caracteriza a los ancianos que en este caso particular conviven en un geriátrico.

En cambio cuando la persona mayor es frágil, los lazos sociales se ven disminuidos generándose efectos negativos sobre el sujeto como enfermedades coronarias, accidentes, caídas, suicidios, y altos índices de admisión en servicios psiquiátricos.

Nuestra estructura social vincula vejez con enfermedad, este prejuicio, lamentablemente es interiorizado por los propios viejos y constituyen factores traumáticos.

La respuesta subjetiva del anciano es la identificación con este lugar marginal donde el malestar interno puede expresarse a través de la enfermedad.

El adulto mayor ofrece entonces su cuerpo en sacrificio de aquello que ha perdido valor y retorna a través de la enfermedad buscando ligarse a los demás, estar desesperadamente vivos, demandando ser mirado, tocado, escuchado en su dolor.

Dice Santiago Kovadloff: “...Entre los antiguos Escandinavos la práctica del suicidio fue un hecho usual, correspondía que los hombres se quitaran la vida arrojándose al vacío, cuando extenuados por los años, ya no eran capaces de sostener la espada que les diera renombre y función social” (2).

La propensión a identificar la vejez con la incompetencia irremediable para las tareas de la juventud no se ha extinguido con las cruentas prácticas gerontocidas de aquel pasado remoto.

Ha sufrido tan solo algunas transformaciones de superficie, ocurre que en occidente es cosa relativamente nueva el descubrimiento de la ancianidad como una etapa de la existencia y no de su derrumbe o disolución.

“En el rostro apegaminado de un anciano, los ojos frívolos de cierta juventud suelen ver la evidencia de un fracaso” (3).

“En la vejez ajena se detestan las acechanzas de la propia, ella es el espejo imperdonable donde el sueño narcisista de la eternidad personal se desvanece” (4).

El valor y el dolor de los duelos

Desde el psicoanálisis podemos pensar el envejecer como un proceso que pone el jaque la fantasía de completud, se trata de un progresivo desprendimiento de ciertas envolturas con que nos fuimos revistiendo a lo largo de nuestras vidas.

Dichas envolturas son funciones: físicas, lugares dentro del ámbito familiar, roles sociales, relaciones afectivas, bienes e imágenes. Se producen pérdidas que no necesariamente implican un derrumbe, no en tanto sea factible elaborar duelos.

Duelar: Significa una operatoria inconciente donde se pone en marcha un trabajo psíquico para elaborar la idea de que aquello que estaba no va a estar mas, una aceptación interna de dicha situación y recobrar un nuevo impulso vital que permita invertir nuevos proyectos y vínculos afectivos que mejoren la existencia.

A partir de la forma en que han sido realizados dichos duelos, va a depender el destino de esta última fase del ciclo vital humano.

Según Erikson, la tarea de esta etapa final de la vida es sostener el sentimiento de integridad, identidad y equilibrio logrado en la adultez. Este sentimiento de integridad corre el riesgo de perderse durante la vejez (5).

Esta etapa de la vida puede encontrar al sujeto situado predominantemente en algunas de estas posiciones polares: integración versus desesperación.

Se logra un lugar de integración cuando la persona mayor ha podido progresivamente abandonar la omnipotencia infantil, aceptar los propios límites y tolerar el cambio generacional como necesario y no como mero desplazamiento.

Para satisfacer la necesidad siempre renovada de construir nuevas funciones, nuevos vínculos y un lugar en la vida que le permita transmitir su experiencia como sabiduría, es muy importante el estado de la memoria.

Una de las riquezas que guarda el anciano son sus recuerdos, se erige a través de ellos en custodio de los afectos vivenciados, los pensamientos propios almacenados y las acciones realizadas.

El viejo vive primordialmente en la dimensión del pasado que implica también la posibilidad de vivir el presente en plenitud.

El recuerdo le permite a la persona mayor volver a recorrer el camino de su vida, para que los recuerdos afloren el anciano tendrá que ir a desanidarlos en los rincones más remotos de la memoria.

Rememorar es una actividad trabajosa y perturbadora, a su vez es saludable pues en la remembranza es posible encontrarse a sí mismo, la propia identidad, el sentido o sinsentido de la vida junto a los muchos años transcurridos y las mil peripecias vividas.

Durante la vejez la persona mayor también tendrá la tarea de buscar nuevos recursos creativos, para sostener o restablecer la autoestima y la identidad amenazada por el deterioro de algunas funciones.

Lograr un sentimiento interno de desafío para superar la pasividad, los obstáculos y el sentimiento de desamparo, permite desarrollar el sentimiento de que se ha vivido una vida única, junto a sentimientos de gratitud por esto.

En caso de que la persona mayor esté ubicada en una posición interna de desesperación, predominará el sentimiento de soledad y desamparo, la aparición de depresión con disminución de la autoestima, empeoramiento psico-físico, hipocondría, accidentes, aislamiento social, y familiar. Además puede haber predominio de resentimiento en lugar de gratitud por el transcurso del propio acontecer vital.

Las fuerzas que llevan al anciano a seguir uno u otro destino van a depender de la existencia de apoyos sociales y familiares, de la forma en que han podido elaborar las diversas pérdidas, de la historia de cada sujeto particular y del estado físico con que llega a esta etapa.

La imagen corporal durante la vejez

El cuerpo es el escenario principal donde se desarrolla el drama de la vejez.

Desde el comienzo de la vida, el cuerpo está marcado por el deseo, la mirada, la palabra del otro significativo y de los otros con quienes se despliegan vínculos que construyen psiquismo.

Esto va a determinar la forma particular de despliegue del deseo expresado en el cuerpo, irá marcando la dramática de su vida y por tanto de su envejecimiento atravesado por el paso del tiempo, su destino y significado.

Los invito a recorrer brevemente las funciones de la piel para pensar desde allí al viejo.

La piel es de todos los órganos de los sentidos el más vital, cumple diversas funciones psíquicas que se apoyan en funciones biológicas.

Se trata de un recipiente que permite guardar lo interno, discriminar lo que es yo de no yo, diferenciar el mundo interno del mundo externo, reconociendo las influencias recíprocas de uno y otro.

La piel es una barrera protectora contra la agresión, además y esto es de singular importancia, es el medio de comunicación con el mundo.

Es una superficie de inscripción de las huellas que los vínculos de amor dejan durante el transcurrir vital: las caricias, los abrazos, los vínculos entre la mirada y el cuerpo, aquello que primariamente va estructurando al yo.

La piel brinda en forma progresiva sentido de unidad e integridad gracias a la mirada y el contacto con los otros significativos, el mirar y ser mirado ocupa un lugar central en la constitución del cuerpo unificado.

En relación al cuerpo la medida de lo deseable o no, pasa estrictamente por la piel y por lo que ella ofrece a la mirada.

“La piel refleja nuestra buena o mala salud orgánica y es el espejo del alma” Anzieu (6).

Es posible que esto nos permita comprender el motivo de tanta cirugía plástica a medida que pasan los años y las huellas de la vida van surcando la piel.

El paso del tiempo y las experiencias subjetivantes, dejan huellas visibles, arrugas, manchas y pérdida de tersura, entre otras, esto es un cuerpo distinto al que se ofrece culturalmente como deseable.

En general se observa un fenómeno muy doloroso, no se elige tocar, abrazar, acariciar al anciano, resulta difícil colocarse en la piel del viejo.

Quién no es tocado se vivencia como prescindible, transparente, quizás inexistente.

A consecuencia de la marginación durante la vejez, la piel adquiere en el plano psíquico una función excesiva de barrera protectora que lleva al aislamiento.

El anciano deja de ser mirado, tocado, escuchado, lo más grave que al no encontrar anclaje en el deseo del otro, está expuesto a perder su propio deseo...el deseo de estar vivo.

Así quedan facilitadas las vías para las enfermedades psicosomáticas como único resquicio donde expresar el dolor psíquico, demandando, a través de su enfermedad, ser escuchado en su padecer emocional y aún mas en su padecer existencial.

Bibliografía

- 1.- Gay Peter, "Freud una vida de nuestro tiempo" Editorial Paidos, 1989.
 - 2.- Kovadloff, S., "El enigma del sufrimiento" Editorial Emece, 2011.
 - 3 y 4.- Salvarezza, L., "Sociedad y vejez. Una aproximación Psicoanalítica" Psyche n ° 19, 1988.
 5. - Erikson, E., "El ciclo vital completado" Editorial Paidos, 2000.
 - 6.- Anzieu, D., "El yo piel" Madrid, Biblioteca Nueva, 1994.
- Knopoff, R., "Prejuicios Mitos y Estereotipos", Editorial Ceal, 1991.
- Knopoff, R., "Dimensiones de la vejez en la Sociedad Argentina" Editorial Ceal, 1991.
- Salvarezza, L., "La vejez", Editorial Paidos, 1998.

SOCIEDAD

¿Vejez, senectud, ancianidad?

Diego Venturini

Lic. y Prof. en Psicología

Miembro del Colegio de Psicoanalistas

Introducción

Sobre la vejez, más allá del interés científico existente en muchos autores, está claro que parecería haber aún cierto déficit bibliográfico del campo psi acerca de la cuestión, en especial si se lo compara con la cantidad de bibliografía existente respecto de otras áreas del desarrollo como la niñez, la adolescencia y la adultez.

Al consultar bastante material sobre el tema, decidí dejar de lado algunos autores para tomar en cuenta los planteos de aquellos que primeramente podrían servirme como una guía ordenadora y luego me permitirían expresar algunas opiniones. Por ello, como eje central del trabajo, elegí el texto que tomaba el tema en consideración de manera más abarcativa y generalista: el Tratado de Psicología Evolutiva de Heinz Remphein (4), texto que posee una envidiable cantidad de referencias bibliográficas de muy diversos autores de la mayor parte de las escuelas y teóricos existentes sobre la psicología evolutiva.

Etapas de la vida: algunas clasificaciones y un poquito de historia

Desde la antigüedad se vienen realizando diversos intentos de explicar las etapas de la vida humana con mayor o menor acierto. Por ello, hablar de una etapa determinada de la vida nos lleva a ubicarla en un contexto clasificatorio en el que deben mencionarse las demás etapas. En ese sentido referiré algunas clasificaciones existentes.

Uno de los ordenamientos clásicos más antiguos decía que las edades del hombre son 4: la del nacimiento, la que sentimos, la que los demás nos asignan y la de nuestras arterias. También en la antigüedad, se observa la preocupación por el tema cuando Edipo le responde a la Esfinge sobre su enigma de la siguiente manera: "...te has referido al hombre, que cuando se arrastra por tierra, al principio, nace del vientre de la madre como indefenso cuadrúpedo y, al ser viejo, apoya su bastón como tercer pie, cargando el cuello doblado por la vejez..." (6)

Por otra parte, en la Antigua Roma los períodos vitales estaban divididos en cinco partes: pueritia (niñez), adolescentia (edad juvenil), juventud (edad adulta temprana), virilitas (edad adulta madura) y senectud (vejez). Ya, en el siglo pasado, M. Moers (4) distingue 6 fases del desarrollo: infancia y edad juvenil (nacimiento hasta los 20/21 años), edad adulta temprana (20/21 años-30/32 años), edad adulta media (30/32 años-42/44 años), edad adulta tardía (42/44 años-56/58 años), presenectud (56/58 años-68/70 años), senectud (68/70 años hasta la muerte). También Eric Erikson se tomó el enorme trabajo de elaborar una Teoría del desarrollo de la personalidad a la que denominó "Teoría psicosocial" describiendo ocho etapas del ciclo vital o estadios psicosociales (crisis o conflictos en el desarrollo de la vida, a las cuales han de enfrentarse las personas): 1. Confianza Básica vs. Desconfianza (desde el nacimiento hasta aproximadamente los 18 meses) 2. Autonomía vs. Vergüenza y Duda (desde los 18 meses hasta los 3 años aproximadamente) 3. Iniciativa vs. Culpa (desde los 3 hasta los 5 años aproximadamente) 4. Laboriosidad vs. Inferioridad (desde los 5 hasta los 13 años aproximadamente). 5. Búsqueda de Identidad vs. Difusión de Identidad (desde los 13 hasta los 21 años aproximadamente) 6. Intimidad frente a aislamiento (desde los 21 hasta los 40 años aproximadamente) 7. Generatividad frente a estancamiento (desde los 40 hasta los 60 años aproximadamente) 8. Integridad frente a desesperación (desde aproximadamente los 60 años hasta la muerte) (1).

La discusión sobre las clasificaciones de los períodos de la vida es un tema aún vigente que se vio agudizado en el pasado siglo XX al surgir un especial interés en lograr el "correcto" ordenamiento de las últimas etapas de la vida (adulthood, vejez) en comparación con el tácito acuerdo que surge en los diversos autores y escuelas teóricas sobre las primeras (infancia, pubertad, adolescencia y juventud). No debemos dejar de pensar que tales discusiones acerca de la "correcta" clasificación de las edades vitales se basan, entre otras cosas, en el aumento de la edad de vida promedio del ser humano sobre todo a mediados del pasado siglo XX. De acuerdo con diversas fuentes (6), se puede informar que hacia 1789 el

promedio de vida era de 36 años, en 1850 era de 39 años, en 1900 era de 48 años, en 1950 era de 60 años y en la actualidad la media mundial es de 67,2 años, con países en los que esa expectativa vital es superior a los 80 años (USA, Japón, la eurozona, Australia y Nueva Zelanda) y países centroafricanos en los que aún no se superan los 40 años de vida promedio (a pesar de los avances globales en salud).

Problema-vejez

Dado lo expuesto cabe entonces preguntarse (entre tantas otras cuestiones) si la vejez es sólo un problema de tipo clasificatorio en relación a las demás etapas vitales. Luego cabe preguntarse si es un problema mundial o global y a posteriori si es un problema de los países líderes del mundo, para los cuales las estadísticas y el interés clasificatorio parecen tener más que ver con cuestiones de tipo económico-social y de previsión de gastos en salud y posibilidades de continuidad o no de las personas con más años en el mercado productivo-laboral.

Un estudio publicado en la Revista *Scripta Nova* (3) menciona lo que sucede en tal sentido en España y concluye lo siguiente: “Como se ha visto para el caso español, la evolución de la esperanza de vida de una población depende de lo que ocurre en los restantes países...se advierte que sus trayectorias responden a un proceso de convergencia hacia las longevidades propias de las regiones líderes...debido a que los avances en la medicina, en la salud, en la alimentación y en las condiciones de vida son cada vez más homogéneos a nivel planetario. Si se ignora esta relación y se consideran únicamente los datos de la población objeto de estudio como si estuviese aislada del resto, se tiende a subestimar la capacidad de mejora de su esperanza de vida...Los valores así obtenidos para el caso español (85,38 años para los hombres y 91,97 para las mujeres en 2050) superan ampliamente a los propuestos por el INE (81 y 87 años, respectivamente) o por Eurostat (83,1 y 89,2 en su escenario más favorable). **Esto es debido a que, probablemente, las proyecciones de estos organismos estén subestimando de forma sistemática las posibilidades de crecimiento de la**

esperanza de vida, de manera especial a largo plazo, donde la longevidad media según sus previsiones apenas aumenta, algo que no encuentra justificación ni en la dinámica pasada de las series ni en la capacidad de adopción de costumbres más sanas o de mejora de la medicina que aún parece existir. La continua corrección al alza de las cifras de esperanza de vida que estos organismos utilizan en sus proyecciones refuerza esta intuición. En consecuencia, para evitar que una posible subestimación del aumento de la longevidad media impida la correcta previsión de los acontecimientos futuros y la búsqueda de soluciones óptimas, se propone la elaboración de escenarios alternativos que tengan en cuenta las esperanzas de vida generadas por los modelos logísticos expuestos en este trabajo.” (3) Leyendo conclusiones como éstas vemos sin dudas que comenzarán a surgir cada vez mayor cantidad de bibliografías respecto del tema como resultado de un interés de matriz económico-social en el que el sostén de la vida en la vejez se transforma en un *oneroso gasto* para los países desarrollados debido a la longevidad de la población y la supuesta *escasa productividad* que esa franja etárea realiza en aportes al sistema.

En suma, la vejez parece ser mucho más que un problema clasificatorio relativo a la psicología evolutiva o del desarrollo.

Crisis vitales

Volviendo a otras cuestiones más profundas acerca de las etapas de la vida, Remplein plantea que en ellas siempre se dan crisis y dice lo siguiente: “el paso de una edad a otra no es un proceso guiado endógenamente y que se realiza con arreglo a una necesidad interior, sino un producto personal: **el yo tiene que abandonar costumbres favoritas de su vida y adaptarse a nuevas exigencias; esto requiere renuncia y esfuerzo. Especialmente difícil es renunciar a los placeres del amor sexual, por lo cual el envejecimiento se presenta con mucha frecuencia acompañado de una crisis que desemboca no raras veces en la neurosis**” (4). Cuando Freud planteaba que el análisis un paciente no debería superar los 50 años del mismo ¿pensaría en esto?

En relación con la influencia del entorno en la duración de las etapas de la vida, Rempelin menciona que en las diferencias interindividuales que radican en la disposición, en el grado de vitalidad personal, en el medio ambiente, en las condiciones económicas del individuo, en las realidades que ofrece el destino, como la salud, la enfermedad, las pérdidas graves, la amenaza de la existencia por las guerras, las revoluciones, etc, se encuentran hombres que envejecen pronto y otros que envejecen tarde y menciona como posible consulta en ese sentido los trabajos de Charlotte Bühler. Según otras fuentes (5), C. Bühler en su libro “El curso de la vida humana como problema psicológico”, estudió aproximadamente más de 200 personalidades de América y Europa que tuvieron alguna labor destacada en el arte o la ciencia entre los siglos XIX y XX. Usando una metodología empírica de tipo biográfico y de carácter retrospectivo, recurriendo a material escrito, como biografías, cartas, archivos, diarios, etc. **realizó un intento de establecer la dependencia de la biografía de la persona respecto de sus cambios biológicos.** Paradójicamente y en contra de sus expectativas originales **terminó concluyendo que tal “relación”(entre procesos biológicos y psicológicos vinculados a la biografía) sólo se comprobaba parcial y relativamente en las biografías estudiadas sin que existiese sincronía entre las curvas de edad y las curvas de evolución o desarrollo psicológico y existencial u otro conjunto de factores personales ligados a las tendencias básicas del individuo que, aunque presentes en todas las etapas de la vida, tienen diferente dominancia en alguna de las etapas y marcan su estilo vital individual. Por ello, para explicar tal paradoja terminó apelando a factores supraindividuales, como la existencia de valores o roles sociales que serían los que guían la vida del individuo en sus diferentes edades y a los cuales cada individuo se acomoda de formas vivenciales distintas. Concluyó así que la curva biológica y biográfica de la vivencia y la curva biológico-biográfica del trabajo, se desarrollan sobre distintos planos y los movimientos ascendentes y descendentes transcurren asincrónicamente sobre éstos planos, planteando por ejemplo que, un**

hombre se puede sentir subjetivamente aún en las alturas, aunque objetivamente ya no se encuentre en el pleno rendimiento de sus facultades y aunque haya perdido su fuerza vital.

Crisis vitales, proceso del envejecimiento y ¿pérdidas?

Dado lo antes expresado ¿qué sucede entonces con el rendimiento en la edad madura y la vejez en relación con los otros períodos de la vida?

Según la mayoría de los autores, las pérdidas parecen ser el eje central de la vejez, pérdidas de: la rapidez de reacción, la fuerza corporal, la habilidad para conducir, la coordinación motora, la rapidez para resolver en el menor tiempo los tests de inteligencia, etc. Como contrapartida a ese consenso, “los viejos” suelen quedar mejor parados en la solución de problemas que presuponen experiencia crítica y discernimiento y por esa razón las evaluaciones cuantitativas suelen no hacer justicia a los cambios cualitativos del rendimiento. “Puesto que la medida y tempo de los procesos de envejecimiento están sometidos a grandes diferencias interindividuales, las personas ancianas ofrecen en cada caso procesos muy distintos. En general, no hay ningún anciano sin limitaciones corporales (menor fuerza y movilidad, así como menor capacidad de sus sentidos), ni sin disminución de sus funciones y rendimientos psíquicos (por ejemplo, de la percepción y de la facultad de acomodación espiritual), pero en casos particulares se encuentran, por una parte, ancianos de un asombroso vigor físico y espiritual, que, como hemos dicho, son capaces de obras tardías geniales, y por otra parte, hombres en los que la ruina física y espiritual ha progresado ya tanto, que se encuentran achacosos, torpes e incluso dementes” (4). Según varios autores, algunos de los procesos psíquicos más frecuentes en el envejecimiento son: la disminución de la atención y la memoria, la pérdida del sentido de la autocrítica, el entorpecimiento de la comprensión y la disminución del discernimiento, entre otros. De cómo se elaboren éstas esperables variables dependerá la actitud del anciano frente a la vida y la muerte. La cercanía de ésta última, las ausencias paulatinas y progresivas de pares, amistades y familiares cercanos irán condicionando la

aparición de conductas bien diferentes frente a la vida que se tiene y cómo se lleva adelante la misma y también irá condicionando al sujeto frente a la posibilidad cada vez más cercana de la muerte. En este sentido, la aparición de sentimientos de desvalimiento e incapacidad podrán derivar, en algunos casos, en el surgimiento de afecciones que varían entre el malhumor, la tristeza, la amargura, la depresión, la melancolía, la obsesión y en especial la rigidez del pensamiento que llevan al sujeto a alejarse paulatinamente del entorno social más cercano. Pero claro está que también existen otras variables que introducen otras posibilidades de pensar las pérdidas y/o las posibles pérdidas. Un grupo cada vez mayor en número de personas ancianas elaboran proyectos vitales sostenidos en una subjetividad constructiva que deriva en la realización de actividades familiares, laborales y comunitarias en los que prevalecen sin dudas sentimientos de alegría, plenitud, libertad y conexión con la cultura.

Remplein menciona que la curva fisiológica del envejecimiento y la curva espiritual de la maduración no siempre coinciden y da como ejemplo las obras artísticas y los desarrollos científicos de diversas personalidades cuya obra se destaca en la segunda mitad de la vida e incluso en la vejez. “Goethe escribió la segunda parte del **Fausto** a edad avanzada y la terminó a los 82 años. Theodor Fontane escribió a los 59 años su primera novela **Antes de la tempestad**, a los 69 su primera obra maestra **Errores y Extravíos**, a los 78 **Effie Briest** y a los 79 **Stechlin**, su producción más lograda. Cervantes concluyó a los 68 años **Don Quijote**. Tiziano creó a los 98 años **La batalla de Lepanto** y a los 99 **La coronación de espinas y La pietà**, muriendo ese año por la peste y no por decrepitud. Miguel Angel trabajó en **El juicio final** entre los 59 y los 65 años y en la iglesia de San Pedro hasta su muerte a los 89 años. Verdi compuso a los 74 **Otelo**, a los 80 **Falstaff**. Meyerbeer tenía 72 cuando escribió **La africana**, Haendel 72 cuando escribió **El triunfo del tiempo**. Leopoldo von Ranke comenzó a los 80 el manuscrito de su **Historia Mundial** que terminó a los 91 años, poco antes de morir. Lamarck concluyó su **Historia Natural** cuando tenía más de 80 años” (4).

Por ende, cabe preguntarse en qué casos las crisis vitales que se dan en la vejez se asocian exclusivamente a la noción de pérdidas.

Vejez-ancianidad-imagen ¿la verdadera pérdida?

Desde hace algunos años, la imagen de la persona "vieja" ha ido siendo descartada paulatinamente de los planteos del sistema cultural occidental basando ésta ausencia en una feroz e indiscriminada relación entre las posibilidades de consumo de dicho grupo etéreo en comparación con el de las posibilidades de consumo del de las personas pertenecientes a otras etapas vitales (desde los recién nacidos hasta la adultez avanzada). La imagen del viejo suele aparecer degradada y ausente con premeditación por un sistema cultural basado en ciertos consensos consumistas que tienden a sobrevalorar la imagen de la juventud y con ello a sobrevalorar premeditadamente a esos potenciales grupos de clientes. Si bien los ancianos, en general, suelen ser jubilados y sufren las lógicas consecuencias de los procesos del envejecimiento y los riesgos que eso conlleva, las afirmaciones categóricas y tendenciosas de algunos medios de comunicación dejan poco margen para que algunas personas se puedan pensar desde el lugar de sus posibilidades en comparación con sus deficiencias, discapacidades y minusvalías.

Siguiendo estas líneas de pensamiento cabe preguntarse algunas cosas:

¿Cuánto influye entonces, en algunas personas ancianas, el lugar asignado por el sistema socio-cultural imperante, en el que actualmente existe una sobrevaloración de la imagen por sobre la palabra? ¿Con qué frecuencia y calidad aparecen las imágenes de ancianos comparativamente con las de personas de otras edades? Si aparecen: ¿La palabra y la imagen del "viejo" son valoradas o denostadas? Y digo más: si aparecen ¿en qué sentido lo hacen? ¿Cómo se muestra el lugar que ocupan en nuestra sociedad las decisiones, pensamientos y sentimientos de un "viejo"? ¿La construcción de la integridad yoica basada en las identificaciones provistas por la cultura en la que vivimos son sólo determinantes en las etapas tempranas del desarrollo? ¿Qué posibilidades identificatorias está

ofreciendo nuestra cultura a la construcción del yo de los “viejos”? o ¿Sólo se piensa en la paulatina destrucción del yo de los “viejos”? Hemos planteado que diversos autores dejan en claro que los procesos biológicos del envejecimiento no necesariamente tienen correlación con las posibilidades de producción de una persona vitalmente conectada. Me pregunto ¿cuánto hay de sobredimensionamiento en las limitaciones de la vejez? Tal vez, ¿una medida proporcional al sobredimensionamiento de las posibilidades de realización de la juventud y la adultez joven?

En general, la construcción de una imagen diferente de la vejez depende de un entramado complejo y diverso de actores que formamos parte de la cultura, pero en particular y de manera especial depende de la valoración actual que le dan los jóvenes y los adultos a la vejez y la ruptura que ellos puedan hacer de las concepciones degradantes y discriminatorias de esa etapa vital. Sostener algunas de las perspectivas obtusas y cerradas que prevalecen actualmente sobre la vejez, tal vez a algunos jóvenes y adultos les parezca irrelevante pero, no les permite pensar que dada la aceleración en la que vivimos (3) en unos 50 años cuando la vida promedio mundial sea cercana a los 90 años, les tocará vivir o padecer esa etapa ¿qué futuro estamos generando?

Una breve sugerencia

El aporte de innumerables avances médicos (estudios preventivos sobre enfermedades, cánceres curables, tratamientos preventivos para los diversos problemas cardíacos, vacunas preventivas para problemas respiratorios, pastillas que mejoran y prolongan notablemente la vida sexual, etc.) deberían permitir una llegada a la vejez tal como se lo planteaba en Roma para la edad del Jubileo. Se esperan muy próximamente avances científicos en células madres, genoma humano y funcionamiento cerebral ¿quiénes serán los que tengan acceso a esos avances? Hay dos interesantes películas de ciencia ficción que recomiendo ver en ese sentido: *Gattaca*, de Andrew Niccol (1997) y *En el tiempo* (In Time) de Andrew Niccol (2011). En dichas películas la imagen de las personas jóvenes en un futuro

(no tan lejano) sigue siendo socialmente sobrevalorada en extremo, mientras paulatinamente el director critica los “órdenes” sociales preestablecidos en nuestro actual sistema de creencias advirtiéndonos sobre un **futuro posible**, de seguir las cosas del modo en que van encaminadas social y culturalmente hasta ahora.

A modo de síntesis

Abordar un tema tan amplio desde una perspectiva tan general es dificultoso y arduo, tal vez por eso debemos plantear nuestro granito de arena realizando algunos aportes para que, en ese futuro no tan lejano, la vejez no llegue a asociarse tan unívocamente con las pérdidas y “los viejos” con sus limitaciones, se acerquen a las posibilidades de producir para sí y para la cultura una vida plena como ya lo hicieron en otras épocas “ancianos” como Verdi, Tiziano o Miguel Ángel.

Notas y Bibliografía

1. Erikson, E. (2000). *El ciclo vital completado*, Barcelona: Paidós.
2. Franco Yago, *Sobre la destrucción del afecto, en Más allá del malestar en la cultura*, Editorial Biblos, pags 119-124 (2011)
3. *Scripta Nova*. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales. Universidad de Barcelona. Vol. XII, núm. 260, 1 de marzo de 2008 La Longevidad globalizada: un análisis de la esperanza de vida en España. (1900-2050)
4. Remplein Heinz, *Tratado de Psicología Evolutiva*, Editorial Labor 1980, 1era edición 1954, pág. 660, 661,664
5. Rodríguez Domínguez, Sandalio; *La vejez: historia y actualidad*, pag 39 Editorial de la Universidad de Salamanca
6. Wikipedia. http://es.wikipedia.org/wiki/Esperanza_de_vida
[http://es.wikipedia.org/wiki/Esfinge_\(mitolog%C3%ADa\)](http://es.wikipedia.org/wiki/Esfinge_(mitolog%C3%ADa))

Lo que el agua se llevó... lo que nos deja **Notas para la reflexión sobre el trauma colectivo**

Por Luciana Chairó

lucianachairo@elpsicoanalitico.com.ar

“Una novela profunda surge frente a situaciones límite de la existencia, dolorosas encrucijadas en que intuimos la insoslayable presencia de la muerte. En medio de un temblor existencial, la obra es nuestro intento, jamás del todo logrado, por conquistar la unidad inefable de la vida.”

Ernesto Sábato “Antes del fin”

Introducción

Martes 2 de Abril del año 2013: feriado Nacional que conmemora el “Día del Veterano y los Caídos en la Guerra de las Malvinas”. La ciudad de La Plata, mi ciudad, amanece con el silencio y la calma a la que los días feriados nos tienen acostumbrados. En la televisión se suceden una tras otra imágenes desoladoras de la Capital Federal asediada por un fuerte temporal que inunda sus calles, sus viviendas y sus habitantes...testimonios desbordados de agua, miedo y denuncia... Una catástrofe natural convertida en catástrofe social por los efectos de la impunidad y de la negligencia humana. Nadie quizá podía imaginar que en algunas horas nos encontraríamos nosotros en similares condiciones, viviendo una de las mayores inundaciones de la historia Argentina.

Una alerta meteorológica, anunciada cerca del mediodía, no pudo anticipar los aproximadamente 400 milímetros de lluvia que cayeron en apenas dos horas. Las zonas principalmente afectadas fueron el centro y el casco urbano, donde avenidas y calles quedaron cubiertas y el agua ingresó en viviendas y comercios; miles de personas divagaron por las calles tratando de llegar a destino. En esta

oportunidad el principal problema, y causa de las evacuaciones, fue el anegamiento de las calles completamente inundadas. La ciudad vivió una de las jornadas más desoladoras y terribles de los últimos tiempos: pérdidas materiales y humanas; miles de sujetos evacuados y sin lugar donde regresar; una ciudad conmocionada y hundida en la desesperación.

Fueron y son múltiples las versiones acerca de las causas de lo acontecido, pero en ninguna de tales hipótesis puede desconocerse la falta de planificación y una urbanización realizada de modo irresponsable.

Como correlato de esta catástrofe, devino la puesta en marcha y consolidación de lazos solidarios que desbordaron lo esperable. Miles y miles de personas colaborando, tanto en los momentos más álgidos, (rescatando vidas de la intensa corriente de agua), como en las diferentes colectas que se organizaron en todos los barrios y la incansable reconstrucción de viviendas. Hospitales ambulantes y unidades sanitarias contaron con médicos, psicólogos, trabajadores sociales y otros agentes de la salud pública, que abandonaron sus espacios de labor cotidiana y salieron a la comunidad con el objetivo de reforzar la asistencia. Del mismo modo diferentes organismos estatales y no gubernamentales diagramaron algunas estrategias de intervención apuntando a trabajar sobre los efectos sobrevenidos ante la tragedia.

Todos fuimos, de alguna manera, asediados por los acontecimientos que se precipitaron en aquellos días, y esto es insoslayable a la hora de planificar, desde la especificidad que me enmarca como psicóloga, una estrategia de acción que supere lo que uno puede hacer como ciudadano ante la impotencia de lo perdido. Una serie de preguntas interrogan nuestros marcos cotidianos de intervención: ante estas situaciones de catástrofes sociales y colectivas, de surgimiento precipitado e imprevisible ¿desde qué lugar posicionarse para realizar un abordaje de lo colectivo sin dejar de estar atento a lo singular?; ¿contamos con herramientas desde nuestra formación académica para ello?; ¿disponemos de instrumentos para operar en las particularidades del *espacio público*?; ¿es posible aplicar la teoría psicoanalítica producida para ciertos marcos preestablecidos en la práctica *extramuros*?. (1)

Son por lo general *urgencias históricas* las que crean condiciones de posibilidad para interrogar y cuestionar nuestros supuestos teóricos y clínicos, habilitando de este modo diversas elaboraciones conceptuales. Así como para Freud lo fue el terrible escenario de sufrimiento y devastación durante la Primera Guerra Mundial, lo cual conduce al psicoanálisis a re-examinar la neurosis traumática a la luz de la experiencia de los soldados en la guerra; para Winnicott fue el contexto de la Segunda Guerra Mundial, donde los bombardeos alemanes obligaron a la evacuación de cientos de niños ingleses sin sus madres, lo que da a este autor la posibilidad de advertir el peligro de tal situación en lo que respecta a los avatares del desarrollo emocional de un niño. Del mismo modo, y más recientemente, podemos encontrar todo el trabajo realizado por colegas en torno a las apropiaciones producto del golpe de Estado en el '76, trabajos que han dado a luz diversas elaboraciones y herramientas de intervención. Silvia Bleichmar, por su parte, revisa algunas conceptualizaciones freudianas y de teoría de grupos, para intervenir en el trágico terremoto que afectó a México en 1985. Y así Cromañón, la Amia, entre otros. En nuestro caso, producto de la ausencia de políticas públicas tendientes a planificar y regular la caótica urbanización que se viene produciendo hace años, contamos con esta catástrofe natural, convertida en potencial trauma colectivo, como acontecimiento histórico provocador de la elucidación acerca de las herramientas que, como analistas, podemos ofertar para abordar los efectos producidos sobre las subjetividades dañadas.

En el presente trabajo intentaré rodear algunos de los interrogantes mencionados, tomando como eje cuestiones relativas al problema del traumatismo y de la neurosis traumática, para luego ver cómo se juegan estos modelos en la población que asistimos. Intentaré abordar también las particularidades del trauma colectivo y su inscripción en los sujetos singulares. Para ello será fundamental dar cuenta del modo en que vamos a concebir lo psíquico y sus relaciones con lo histórico social, teniendo en cuenta que partimos de una noción de subjetividad como producción socio-histórica, es decir como una formación que corresponde simultáneamente al sujeto singular y al conjunto.

De la catástrofe a lo traumático

Es una evidencia clínica, y en lo personal íntima, la no correlación punto a punto entre la catástrofe natural que hemos padecido como sociedad, y su inscripción como experiencia traumática. Si bien desde el sentido común muchas veces puede no diferenciarse la noción de catástrofe y la de trauma, considero pertinente deslindar sus definiciones para precisar sus verdaderos alcances. En este sentido, cuando hablamos de *catástrofe* pensamos en aquellos sucesos que alteran, de algún modo, un orden regular e instituido de los elementos, produciendo así ciertos efectos. El *traumatismo*, por su parte, determina el modo por el cual estas catástrofes padecidas *en común*, atacan cada subjetividad de manera diferente en aquellos que la padecen. Por lo tanto, si bien toda catástrofe, de una u otra manera, produce cambios sustanciales en el ordenamiento cotidiano de una sociedad, no podemos deducir directamente de ello la instalación de un traumatismo singular. Sí tendremos oportunidad como psicólogos de relevar la situación subjetiva de los afectados, localizar síntomas que den cuenta de lo traumático y brindar herramientas de intervención para trabajar sobre tales efectos.

Ahora bien, ¿a qué nos referimos específicamente cuando hablamos de trauma?; ¿cuáles son las condiciones de su inscripción? A partir del rastreo realizado en torno a dicha noción puede localizarse que, desde una perspectiva psicoanalítica, las tres significaciones inherentes al mismo (choque violento, efracción y las consecuencias sobre el conjunto de la organización afectada), fueron traspuestas desde el dominio físico y orgánico al plano psicológico (2). De este modo se lo define como un exceso de estímulos que el psiquismo no alcanzaría a elaborar y por tal motivo produciría un impacto desorganizador en la vida psíquica. Freud en las Conferencias de Introducción al psicoanálisis de 1915 a 1917 dice: “Llamamos así (en relación al traumatismo) a una vivencia que, en breve lapso, aporta un exceso tal en la intensidad del estímulo que su tramitación o finiquitación por las vías habituales y normales fracasa, de donde por fuerza resultan trastornos duraderos para la economía energética” (3). Esta noción de trauma en

psicoanálisis fue tributaria de una nueva concepción de la neurosis, basada primero en la teoría de la seducción, y luego en la de conflicto defensivo.

Entonces Freud recorta tres elementos centrales para la instalación de un hecho como traumático para la vida psíquica: una experiencia vivida, un estímulo excesivo y su consecuente excitación, más el fracaso de tramitación por vías habituales.

Ahora bien, dicho autor también señala que todo trauma cuenta con *dos tiempos*. Es decir, no bastaría con un accidente o una fuerte emoción para sancionar que allí hay trauma; sino que se precisan por lo menos dos hechos, junto a las ideas y deseos asociados, que se encuentren en conflicto. En este punto ya podemos advertir una de las condiciones centrales de la experiencia traumática, que de alguna manera delimitan su cerco y la diferencian de la catástrofe en general. Para ser más precisa, no todos los habitantes de la ciudad de La Plata, por el solo hecho de haber padecido la inundación y sus consecuencias, hoy presentan sintomatología propia de lo traumático. En el caso de ser así, Freud refiere que luego del momento del accidente devendría un tiempo de latencia que llevaría o a un cuadro de *neurosis traumática* o a la manifestación de una *neurosis preexistente* revelada, en un segundo tiempo, por tal acontecimiento (patología neurótica previa).

En 1919, el contexto de la Primera Guerra Mundial, lleva a Freud a re-situar la preeminencia de los conflictos internos, para considerar en cambio el papel determinante del terror, es decir, la estimulación excesiva que abruma el funcionamiento del organismo suspendiendo así las reglas del principio del placer. En “Acerca de las neurosis de guerra” (4) Freud advierte que dichas neurosis (concibiéndolas como una modalidad de las neurosis traumáticas) se producen en los soldados de la retaguardia y no en los sujetos que están en el frente del combate. Pareciera que lo capital para que se desencadene una neurosis traumática es que no haya habido trauma físico. Con este planteo cuestiona en alguna medida la idea de que es el estímulo externo el que ocasiona dicha neurosis. Más bien se correlacionaría con el vínculo existente entre el estímulo externo y aquello que precipita en el sujeto y propicia la emergencia de patología.

Entonces se comienza a manejar una nueva hipótesis "...el efecto traumático no es el producto directo del estímulo externo, sino que es producto de la relación existente entre el impacto y el aflujo de excitación desencadenada" (5).

El análisis de este tipo de neurosis da cuenta de un punto de concordancia con las *neurosis actuales*: en ambas hay un monto de excitación que no logra ser procesado. Es decir, el Yo encontraría dificultades para llevar a cabo su principal tarea de dar sentido, procesar, derivar y ligar.

En "Más allá del principio del placer" (6) Freud profundiza su elaboración en torno a las *neurosis traumáticas* y afirma que el trauma constituye la respuesta del organismo a una excitación excesiva del mundo externo que rompe la barrera protectora del Yo y que sobreviene de manera tan repentina que no es completamente asimilada por éste. El Yo, contradiciendo la economía psíquica del Principio del Placer, se ve en la necesidad de repetir la experiencia a través de pesadillas o acciones conscientes e inconscientes con el objeto de reducir a su dominio de experiencia el evento acontecido. Sin embargo, dicha repetición no logra captar por completo ese conocimiento y termina formándose una conducta compulsiva evidenciada en múltiples síntomas. El Yo entonces se presenta en un estado de desvalimiento, desamparo y angustia, al que las señales de alerta, al igual que las de aquel mediodía del 2 de Abril, no logran disipar.

Pues entonces, se puede precisar que la problemática de la elaboración del trauma está vinculada, muy especialmente, al sentido que éste adquiere para cada sujeto y a la posibilidad de encontrar y mantener apoyos adecuados para el psiquismo. Es importante, según Silvia Bleichmar, localizar la capacidad con la que cuenta el aparato psíquico para reestablecer redes de ligazón que puedan trenzar los elementos que apuntan a romper sus defensas habituales. Si el entramado Yoico no logra capturarlos, porque están más allá de las simbolizaciones que se han ido estableciendo a lo largo de las experiencias significantes que la vida ofrece, quedarían librados, produciendo síntoma o una modificación general de la vida psíquica.

Llegado a este punto considero que es conveniente diferenciar la situación traumática del traumatismo efectivo, justamente para dar lugar a las diversas respuestas que los sujetos tienen frente a los acontecimientos disruptivos.

Luis Hornstein refiere: “El sujeto está abierto a su historia, no sólo en el pasado sino en la actualidad. Está entre la repetición y la creación. No es un sistema abierto porque algunos psicoanalistas hayamos decidido aplicarle la teoría de la complejidad. Es abierto porque los encuentros, vínculos, traumas, catástrofes, realidad, duelos, autorganizan al sujeto y él recrea todo aquello que recibe. Ciertos ruidos devienen información complejizante y no desorganizante. La estabilidad psíquica se reconstruye según condiciones que surgen y se desvanecen sin cesar” (7).

El traumatismo, en este sentido, es además de un elemento desencadenante el productor de algo nuevo, al resignificar las representaciones previamente inscriptas en el aparato psíquico. El Yo, es además de una instancia defensiva, el responsable de ir tejiendo significaciones y tramas de sentido que sostienen, de alguna manera, todo el aparato psíquico. Pues entonces, cuenta con una doble función: por un lado, defensiva y por otro creadora e instituyente.

El quehacer del analista: ‘entre’ lo colectivo y lo singular

En función de lo desarrollado hasta aquí, podemos pensar que los efectos que una catástrofe social produce en el sujeto dependen de: la posición de éste frente al traumatismo, las primeras formas de simbolización espontánea y los modos en que pueda seguir resignificando, entramando dicho acontecimiento en su historia vivencial singular.

Ahora bien, si consideramos a la subjetividad como producción histórico-social, cobra relevancia la lectura de las formas que el suceso vaya tomando en el imaginario colectivo y las respuestas sociales que el conjunto social, político, cultural y jurídico pueda ir brindando frente a esa catástrofe. Por tanto, si bien podemos hablar del sentido individual del trauma como la posibilidad de contar con los apoyos adecuados para responder, cuando se trata de un trauma social, dichos apoyos están vinculados también al *procesamiento colectivo* de la situación

traumática. En la coyuntura que estamos abordando, pienso que es complejo delimitar cuáles han sido los soportes colectivos para el apuntalamiento singular de tal elaboración. Por un lado contamos con una vasta red de solidaridad construida por los vecinos en las primeras semanas luego de la inundación. Quizá la urgencia de un contexto convulsionado despertó en muchos la necesidad de reparar tanto dolor. Ahora bien, esta escena se sostiene sobre otra que alude a la falta de planificación y de políticas públicas tendientes a configurar un proceso de urbanización atento al bienestar de la población, no solo actual sino futuro (8). En este sentido si hoy, a más de dos meses de la tragedia, volviera el clima a ensañarse con nuestra ciudad, no caben dudas que estaríamos en iguales condiciones que en Abril; este planteo no intenta ser alarmista, sino diagnosticar y en alguna medida denunciar, la pérdida colectiva en la trasmisión de experiencias y en la capacidad de historización social, con las múltiples consecuencias que esto conlleva. Yago Franco analiza la preponderancia de *lo actual* en nuestras sociedades, actualidad que implica la urgencia del minuto a minuto, y donde el recorrido por la historia es vivido como pérdida de tiempo. Este autor refiere que tal situación responde a un modo de ser de la sociedad que tiende a ser inasimilable para la psique y produce graves dificultades en la capacidad de representación y simbolización social (9). Tanto en el año 2002, como en el 2005, el 2008 y el 2010 la ciudad de La Plata y zonas aledañas al casco urbano, padecieron terribles inundaciones que produjeron múltiples pérdidas; sin embargo la mayor pérdida es la de la memoria colectiva de dichos acontecimiento. No se crearon en todos estos años, ni comunalmente ni desde la planificación estatal, medidas tendientes a la prevención de nuevas catástrofes (10). ¿Cómo concebir que en menos de dos años nos hayamos “olvidado” de tales situaciones?

Podemos hipotetizar que estos “olvidos” históricos se producen por cierto empobrecimiento progresivo del *campo simbólico colectivo*, promovido por el modo de ser de la sociedad actual donde la significación del capitalismo, preeminente como significación central, justamente apunta a la degradación de lo simbólico, a la fragmentación de los lazos, a la ahistorización y obstaculiza, en gran medida, la elaboración colectiva, por ejemplo, de las catástrofes. Son los

discursos dominantes (hoy el papel de los medios de comunicación y algunos sectores estatales -aún en su ausencia efectiva-), los modelos identificatorios y los ideales colectivos los que actualmente, animados por la significación capitalista, otorgan sentidos y representaciones específicas a los fenómenos sociales y son, además, con lo que cuenta un sujeto para su elaboración singular. Cuando dichos soportes son frágiles, engañosos o contradictorios los sujetos se presentan desbrujulados, con el malestar inevitable y la retraumatización que produce aquello que no encuentra canales factibles de elaboración.

Frente a este panorama, quizá una de las tareas que como profesionales de la "salud mental" se nos convierte en ineludible, es la de trabajar a contrapelo de dicha degradación simbólica, apostar a la reconstrucción de las tramas narrativas que el agua parece haber arrastrado, favorecer la creación de nuevos sentidos y recomponer algo del "sujeto de deseo" desbastado por el "sujeto de la catástrofe". Lo anterior, de alguna manera, es proceder en la vía contraria al desmantelamiento defensivo, cotidiano en el análisis. En este sentido nos confrontará al desafío de repensar la posición del analista.

Apuntar a lo identitario del sujeto en la *numerosidad social* (11), implica ir uniendo los fragmentos producidos por una sociedad que no cuenta, o solo lo hace de modo endeble, con los baluartes identificatorios necesarios para sostener las subjetividades en momentos de crisis como las que vivimos en nuestra ciudad.

Ahora bien ¿el dispositivo tradicional del psicoanálisis individual es el apropiado para estas situaciones?; ¿lo es en un segundo tiempo, si algo de lo traumático produce efectos sintomáticos?; ¿los dispositivos grupales pueden ser pertinentes? No considero que existan recetas ni "La" función del analista propia para estas experiencias. Justamente creo que es un campo a construir, y por qué no, reconstruir. Esto último lo planteo teniendo en cuenta la fuerte pregnancia de lo grupal y las particularidades del trabajo psicoanalítico propio de otras décadas en Argentina, que arrasadas luego por la dictadura militar perdieron su lugar central dentro de la formación académica del psicólogo. Esto es muy importante a la hora de pensar con qué herramientas contamos como psi para el abordaje de estas coyunturas. A todos nos costó (y aún nos cuesta) delimitar nuestra función,

nuestro quehacer allí y su pertinencia en situaciones de crisis. Nos cuesta porque en alguna medida no estamos muy acostumbrados a intervenir en “lo extramuros”, lo cual desafía nuestros marcos.

Los dispositivos grupales, sobre todo en un primer tiempo, constituyen un instrumento privilegiado para el trabajo elaborativo del impacto traumático. Quizá de ello luego pueda desprenderse lo individual. Si bien la catarsis (sobre todo la colectiva) no produce en sí misma una resolución sintomal a largo plazo, sí aporta cierto alivio circunstancial del síntoma. En los primeros días luego de la inundación, la gente se agolpaba en diferentes espacios públicos para hablar y llorar, para compartir experiencia. Había una necesidad enorme de empatizar y descargar algo del exceso producido. En otros casos el silencio y la entereza, el llanto nocturno y a solas. El miedo al clima, al cielo cubierto de nubes, a las gotas de lluvia... señales de angustia para el Yo, aún desvalido y sin demasiada capacidad de elaboración.

Una de las tareas del analista podría ser la de abrir un espacio común para el despliegue de la palabra, sin forzarla, solo habilitar un espacio-tiempo para que se anuden y desanuden simbolizaciones, significaciones que no han logrado insertarse aún en las cadenas psíquicas que organicen nuevas formas de sentido opuestas a la compulsión de repetición.

El trabajo del analista consistirá en construir, crear, producir nuevo entramado psíquico allí donde quedó arrasado. Para ello Silvia Bleichmar propone que el analista ofrezca *simbolizaciones de transición*: el analista puede sentirse convocado por los indicios que el sujeto ofrece, trozos intactos vistos y oídos en la situación traumática, para darles un modo de ensamblaje particular, que es lo que el paciente solo no puede hacer. (12)

Un punto importante a señalar es que en lo personal, somos nosotros mismo los afectados, con lo cual en muchos casos tal exceso de realidad inunda el sistema de teorizaciones y significaciones del analista. Por ello es primordial el análisis de implicación constante y el control metodológico y ético permanente, su distancia operativa, para no saturar de sentido el material escuchado, monopolizándolo

bajo la égida del trauma social y borrando así las formas particulares en que cada sujeto engarza lo colectivo con su historia psíquica-vivencial.

En fin, habría mucho más para pensar, y quizá el tiempo nos dé la posibilidad de que algunas cuestiones decanten. Esta es una temática que nos sitúa, una vez más, en la compleja trama psique-sociedad, campo heterogéneo y en permanente tensión, territorio siempre fecundo de nuevos interrogantes e hipótesis.

El agua se ha llevado mucho, pero también nos deja algo. Apuesto a que luego de escurrirnos un poco y secarnos al calor de la creación, este puede ser un nuevo punto de partida y un escenario propicio para inscribir la historia, habitar con lucidez el presente y (re) construir las herramientas necesarias para lo que vendrá.

Notas

- (1) Bleichmar, Silvia. *Psicoanálisis Extramuros. Puesta a prueba frente a lo traumático*, Editorial Entre Ideas, Bs. As, 2010.
- (2) Laplanche, J. y Pontalis, J.B. "Trauma, traumatismo (psíquico)" en *Diccionario de Psicoanálisis*, Editorial Labor, Bs. As, 1971, Pág. 447.
- (3) Freud, Sigmund. *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, en *Obras Completas*, Vol. 16. Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1976, Pág. 252.
- (4) Freud Sigmund. "Acerca de las neurosis de guerra" en *Introducción al psicoanálisis de las neurosis de guerra*, en *Obras Completas*, Vol. 17. Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1976, Pág. 201
- (5) Bleichmar, Silvia. *Psicoanálisis Extramuros. Puesta a prueba frente a lo traumático*, Editorial Entre Ideas, Bs. As, 2010, Pág. 17
- (6) Freud, Sigmund. *Más allá del principio de placer, Psicología de la masas y análisis del yo, y otras obras (1920-1922)*, en *Obras Completas*, Volumen XVIII Editorial Amorrortu, Buenos Aires.
- (7) Hornstein Luis "Abundan la angustia difusa y el vacío" en www.página12.com.ar Viernes, 26 de julio de 2002
- (8) Urbanismo: «He aquí las razones filológicas que me indujeron y decidieron a aportar la palabra urbanización, no sólo para indicar cualquier acto que tienda

a agrupar la edificación ya regularizar su funcionamiento en el grupo ya formato, sino también el conjunto de principios, doctrinas y reglas que deben aplicarse, para que la edificación y su agrupamiento, lejos de comprimir, desvirtuar y corromper las facultades físicas, morales e intelectuales de hombre social, sirvan tanto para fomentar su desarrollo y vigor como para aumentar el bienestar individual, cuya suma forma la felicidad pública.» en <http://es.wikipedia.org/wiki/Urbanismo>

- (9) Franco, Yago. Seminario Virtual de Magma: *Problemáticas Clínicas Actuales*, Buenos Aires
- (10) No puedo dejar de mencionar en este punto, el surgimientos de algunos movimientos instituyentes que se organizan a partir de la inundación, tanto vinculadas al arte (como la creación de murales y esculturas en la ciudad) como también así grupo de formación para rescatistas.
- (11) Ulloa, Fernando. *Novela clínica Psicoanalítica. Historial de una práctica*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1995
- (12) Bleichmar, Silvia. *Psicoanálisis Extramuros. Puesta a prueba frete a lo traumático*, Editorial Entre Ideas, Bs. As, 2010, Pág. 24.

ARTE

Edmond Jabès, “El nómada de sí mismo”

Héctor Freire
hectorfreire@elpsicoanalitico.com.ar

*No somos más que ficción. No somos más que la
idea que nos hacemos de nosotros mismos.*
Edmond Jabés

Un extranjero

Durante la década del 70, ningún escritor francés ha recibido tanta atención y reconocimiento de críticos, poetas, narradores y filósofos como Edmond Jabés.

Emmanuel Levinas, Maurice Blanchot, René Char, Jacques Derrida, Emile Cioran, Max Jacob, Paul Éluard, André Gide, Henri Michaux, Philippe Soupault, Roger Callois, Paul Auster, José Antonio Valente, entre otros, han escrito entusiastas comentarios y profundos estudios sobre su obra. Incluso el propio Derrida, ha llegado a expresar que *en los últimos años no se ha escrito nada en Francia que no tenga un precedente en los textos de Jabés*. Sin embargo, en la Argentina no ha tenido ni tiene la difusión que se merece. Quizás por la definición que Jabés hacía de sí mismo: *soy un extranjero perpetuo con un libro de pequeño formato bajo el brazo*. Ya que la tierra de un poeta, es el libro. Pero su obra, que parece conformar siempre el mismo y único libro contenido en la memoria, está muy lejos de ser incluido en un “pequeño formato”.

Muchos críticos afirman que los textos de Jabés son inclasificables, y otros los definen con una serie de calificativos que ofrecen opiniones confusas y antitéticas. Lo cierto es que se ha llegado a etiquetar a Jabés como un verdadero “misterio literario”:

Jabés ha creado una forma nueva y misteriosa de obra literaria, tan deslumbrante como difícil de definir. Ni novela ni poesía, ni ensayo ni obra dramática.” (1)

Un sintético esbozo biográfico puede dar cuenta, de modo informativo y descriptivo, de algunas de las paradojas y “misterios inefables” también presentes en su obra.

Edmond Jabés nació en el Cairo el 16 de abril de 1912. Debido a un error en el registro de la fecha de su nacimiento (inscripto el 14, por error), el poeta sugiere: *la primera manifestación de mi existencia fue la de una ausencia que llevaba mi nombre*. Hijo de un acomodado matrimonio de judíos egipcios, que por razones “proteccionistas” optó por la ciudadanía italiana, se educó y creció en la comunidad francófona-católica de su ciudad natal, en un país africano-musulmán con tradición colonial inglesa.

Adolescente, descubre a Baudelaire, Verlaine, Rimbaud y, sobre todo, a Mallarmé. De quien toma la idea de encerrar todo el conocimiento dentro de un libro: ***EI***

Libro de los libros. Aunque para Jabès, ese libro sería efímero, pues todo conocimiento es efímero. En rigor, Jabès creía que el único libro que tendría oportunidad de sobrevivir sería aquel que se destruye a sí mismo a favor de otro libro que lo continúe.

Hacia 1930 estableció sus primeros contactos literarios con René Char, Paul Éluard, y comienza a apreciar la obra de Max Jacob, quien le enseñó a ser él mismo, es decir, “diferente”.

Mientras tanto, los partidarios de Mussolini intentan deportarlo por sus actividades antifascistas, pues regía el régimen de capitulaciones en virtud del cual cualquier ciudadano extranjero estaba sometido a la jurisdicción de su país. Luego, los ingleses lo detienen –en tanto italiano- por enemigo, pero por su militancia, y por pertenecer a los partidarios de Umberto Calosso es protegido. Finalmente, en tanto judío, es evacuado a Palestina ante el avance de las tropas de Rommel. A propósito, Jabès escribirá esta frase que contiene su compromiso político: *El temor a mentir honra al poeta porque está llamado a testimoniar y a construir sobre su testimonio. El viento de la libertad sopla tan fuerte como el de la locura.*

Siguen jornadas de gran soledad e íntimo aprendizaje en el desierto: *el lugar privilegiado de mi despersonalización*. Nunca quiso adscribirse a ninguna tendencia estético-poética, para no neutralizar el riesgo que en su opinión constituye la escritura. En las décadas de los cuarenta y cincuenta publicó varios libros de poesía (**L'obscurité potable**, **Chansons pour le repas de l'Ogre**), recopilados más tarde en **Je Bâtis ma demeure** (1959), convirtiéndole en centro de atención del mundo de la literatura y el pensamiento.

La crisis de Suez, en 1956, trajo grandes cambios para Jabès, tanto en su vida privada como en su obra. Forzado por el régimen de Nasser a abandonar Egipto y radicarse en Francia, Jabès pierde su hogar, todas sus posiciones, y además de una biblioteca invaluable, sus dos oficios: el de corredor de bolsa (que le fuera delegado por su padre) y el de editor. Al decir de Paul Auster, *experimentó por primera vez el estigma de ser judío. Hasta entonces, su identidad racial había sido una peculiaridad cultural, un elemento intrascendente en su vida; pero ahora sufría por el simple hecho de ser judío, se había transformado en Otro. Y esa súbita*

*sensación de exilio se tradujo en auto descripción básica y metafísica. Desde ese momento Edmond Jabès se había convertido en una paradoja: era un **nómada de sí mismo**.*

Los primeros años, posteriores a la Guerra del Sinaí, fueron muy difíciles para el poeta. Tomó un empleo en París y se vio obligado a escribir durante los viajes de metro del trabajo a su casa. A pesar que, poco después de su llegada, Gallimard publicara sus poesías completas.

Mientras tanto, Jabès comienza a estudiar en forma sistemática (quizás como una manera de recuperar su pasado irrecuperable), textos judíos emblemáticos: el Talmud, la Cábala, el Torá y los escritos y comentarios rabínicos de la Diáspora. Y descubre (“se descubre”) en esos libros una fuerza privativa de los judíos, que se traduce a sí misma, casi literalmente, en una conducta de supervivencia:

El mundo de los judíos se basa en una ley escrita, en una irrefutable lógica de las palabras.

Por lo tanto el país de los judíos está hecho a escala de su mundo, porque es un Libro...

La patria de los judíos es un texto sagrado entre los comentarios a los que ha dado origen....

Os he hablado de la dificultad de ser judío, que es la misma dificultad de escribir; pues el judaísmo y el acto de escribir, supone la misma espera, la misma esperanza, el mismo desgaste. (2)

Desde 1963 la Editorial Gallimard comienza a publicar **El libro de las preguntas**, que tendrá siete tomos, y será su obra más significativa: un intenso poema que revela a Jabès como una figura esencial de la literatura europea del siglo XX. en 1970, recibe el Premio de los Críticos.

Otros títulos, igualmente destacados del autor son: **Le Livre des Ressemblances, Le Livre des Limites, Ça suit son cours, Dans la double dépendance du dit, Récit, La Memoire et la main, Le Livre des Marges, Du Désert au Livre**. Libros que configuran un itinerario de lectura, un único y extenso poema itinerante, el camino poético y existencial de ese “nómada de sí mismo”.

Edmond Jabès murió en París el 2 de Enero de 1991.

La singularidad es subversiva

Al dar cuenta de su obra, y ante la falta de certidumbres, Jabès aclara: *“mis libros devienen ilegibles si se busca en ellos una certeza”*. De ahí que catalogarla de oscura y misteriosa, no deja de ser un recurso superficial y reiterado. Muchos comentaristas han caído en la fácil tentación de reducir su obra a un mero “desarreglado componente heterogéneo y caótico”, quizás porque pretenden encontrar una cierta linealidad narrativa. Una respuesta cristalina y tranquilizadora a tantas preguntas.

Sus libros tienen un fuerte componente fragmentario y contradictorio; nacen de una suma de géneros, responden a la forma de la poesía, pero a la vez comparten una intención ensayística. Son relatos, oraciones, aforismos y diálogos propios de la retórica rabínica, de la especulación cabalística.

En los textos de Jabès verso y prosa se combinan, conformando un estilo singular donde la formulación repetitiva se une a la dicción cadenciosa y elocuente. Y el tono sentencioso es desmontado por el oxímoron y la paradoja. A los acordes repetidos, le sigue el estallido, la ruptura, y una nueva pregunta subvierte y se instala en el corazón mismo de las palabras: un ir y venir en busca de un sentido indefinible e inefable.

Entrar en la obra de Jabès implica la pérdida de las garantías y las certezas discursivas. Como lectores estamos “a la deriva”, en medio de un movimiento incesante en proceso de transformación, donde la lengua obra a través de una multiplicidad de exploraciones semánticas, léxicas y sintácticas. La escritura de Jabès se desliza, errando y vagando; impera la continuidad y la cesura, el rodeo y la aproximación. Nunca se termina de leer porque nunca se termina de escribir. Para estos textos se solicita un lector implicado, que sabrá de la turbación, el desconcierto y la congoja, el sobresalto y la inquietud. Es como entrar a un laberinto sin marcas, sin centro ni trazado. Es como tratar de recorrer el desierto. De ahí la “recomendación” de Jabès:

Un buen lector es, primero, un lector sensible, curioso, exigente. Sigue, en su lectura, a su intuición...

La intuición está, por ejemplo, en su negativa inconsciente a penetrar de entrada en una morada cualquiera por la puerta grande.....designada y reconocida, tanto exterior como interiormente, como el único umbral...

El camino iniciado le permite ver eso que nadie más que él habría percibido desde su ángulo....Es necesario haber errado mucho, haberse comprometido con bastantes caminos para percibir, a fin de cuentas, que en ningún momento se ha abandonado el propio.....

...Olvidar para saber; saber para satisfacer el olvido en su momento. El final no pertenece a nadie. El comienzo, por el contrario, depende enteramente de nosotros. (3)

En definitiva, lo que construye y de-construye su escritura es lo fragmentario. No el lenguaje del todo, sino el del fragmento, el de la pluralidad y la separación. Esta escritura del fragmento, que es por ejemplo ***El libro de las preguntas***, es difícil de captar sin que se altere, porque está ligado a la movilidad de la búsqueda, al pensamiento nómada (el de un poeta que piensa al caminar y de acuerdo con la verdad de la marcha). También es verdad, que la obra de Jabès resulte próxima al aforismo y muchos críticos la entronquen a la misma tradición aforística de Kafka, Char, Cioran y Nietzsche. Dado que el uso del aforismo (fragmentos en el caso de Jabès, sería más pertinente) están en la historia de la filosofía y la moral. Forma que en forma de horizonte es su propio horizonte. Con ello se ve lo que tiene también de atractivo la poesía de Jabès: siempre alejada de sí misma, forma con algo de sombra, de concentrado *epifánico* que no es lo bastante limitado como para poder caber en un sistema, en un todo, ni siquiera en el propio. Lo fragmentario en Jabès no precede al todo sino que se dice fuera y después de él. Ya que el fragmento, no se recupera en ninguna totalidad. Desde esta perspectiva, la sugerencia más conveniente será el abordaje de la obra de Jabès, desde el método de Walter Benjamin (4): en lugar de reconstruir una totalidad

perdida a partir de sus restos, debemos trabajar sobre las ruinas de un edificio nunca construido, rearmar un todo del que se conocen solo fragmentos dispersos. Un intento por capturar la historia en sus cristalizaciones menos evidentes. Una estrategia que tiende a la aproximación entre registros que, cada uno en sí mismo ha perdido su verdad, pero cuya contraposición instituye un sentido. En síntesis se trata de un método poético en acción, donde se construye un conocimiento a partir de citas y fragmentos excepcionales más que de series de acontecimientos parecidos. Explotando la potencialidad que encierra la consideración de elementos heterogéneos y dispares, con la idea de que su diferencia termine iluminando los rasgos significativos de cada uno de ellos. Sin embargo, su escritura deja jugar entre los fragmentos, en la interrupción y la detención. En lo ilimitado de la diferencia: su sentido es siempre muchos sentidos. Posee una *estructura de archipiélagos*, de orden discontinuo, dialógico, paradojal y contradictorio que no conduce a ninguna certeza sino a la incertidumbre. Para Jabès no hay verdades, porque no cree en las respuestas. Sino en la multiplicación de las preguntas. En Jabès la Razón no es razonable.

Para Derrida la escritura de Jabès es la ex territorialidad de la no respuesta, del desierto. No-lugar y el exilio del judío como metáfora de la diferencia, de la existencia imposible. Esta problemática tiene un antecedente directo en Adorno y su pregunta crucial:

¿Cómo escribir después de Auschwitz?

Dicha pregunta reverbera en el poético e *incriminante* **Libro de las preguntas**, cuyo eje fundamental es la historia de la separación de los amantes Sarah y Yukel, durante la época de las deportaciones nazis. Yukel es el escritor “testigo” que cumple la función de alter ego de Jabès. Sarah una mujer joven que ha sido enviada a un campo de concentración y que regresa loca. Lo interesante, es que Jabès no relata la historia según las normas de la narrativa o poesía tradicional. Más bien alude a ella de forma indirecta, como cartas que parecen proceder de

ninguna parte, o como voces desencarnadas, fragmentadas, profiriendo lo que el poeta llama *El grito colectivo, el grito eterno*

El Libro de las preguntas es el libro de la memoria. La memoria ante todo del principio, de la palabra. Memoria de la pregunta, de la duda, del exilio y la deportación, del sacrificio, de la Ley, de la voluntad y del destino: un destino escrito desde antes del Verbo. Es que la escritura de Jabés es un impulso desde el abismo, desde ese territorio de no retorno. De ahí que su mejor arma política fue y seguirá siendo la pregunta. Tal es el sentido de la poesía, pues su palabra es el lugar de la manifestación. El signo secreto de lo que ayer se llamó el Espíritu y hoy se llama el Desierto.

¿Pero qué respuesta esperar sino aquélla que provocara la última pregunta? ¿Y cómo imaginar una pregunta final a tal punto que se diluyera en la respuesta? La respuesta nunca es más que una fatiga, un cansancio extremo, un abandono.

Por lo tanto, y al decir de Paul Auster, *lo único que sucede en El libro de las preguntas es la escritura de El libro de las preguntas, o, más bien, el intento de escribirlo, un proceso que se permite presenciar al lector, con todas sus dudas y vacilaciones.*

Y puesto que la historia de Sarah y Yukel no llega nunca a relatarse, porque, como sugiere Jabès, no puede contarse, todos estos comentarios constituyen, en cierto modo, el análisis de un texto que no ha sido escrito. Al igual que el Dios oculto de Jàbes y de su tradición judía, el texto sólo existe en virtud de su ausencia:

Te conozco, Señor, en la medida en que no te conozco.

*

Notas

1. Auster, Paul. *Pista de despegue (El libro de los muertos)*. Ed. Anagrama. Barcelona 1998.
2. Jabès, Edmond. *El libro de las preguntas*. Ed. Siruela. Madrid. 1990.
3. Jabès, Edmond. *Del desierto al libro*. Alción Editora. Córdoba, Rep. Argentina. 2001.
4. Sarlo, Beatriz. *Siete ensayos sobre Walter Benjamin*. Fondo de Cultura Económica. México. 2000.

* * *

Mosaico de textos

Siguiendo con el singular estilo de Jabès, tan deslumbrante como difícil de definir, y a modo de apretada muestra, he seleccionado una combinación de sus formas literarias, una especie de “mosaico de fragmentos nómades”: poemas, aforismos, diálogos, comentarios, reflexiones y citas que giran en torno de la pregunta fundamental de sus libros: **cómo expresar lo inexpresable**. Pregunta que no sólo se refiere al exterminio de los judíos, sino también a la cuestión literaria. ***Mis textos en ese sentido son como un archipiélago: conjunto de islas, unidos por lo que los separa.***

La memoria y la mano

Siempre esta imagen
de la mano y la frente,

del escrito rendido
al pensamiento.
Como el pájaro en el nido,
mi cabeza está en mi mano.
Quedaría por celebrar al árbol
si el desierto no lo fuera todo.
Inmortales para la muerte.
La arena es nuestra insensata
parte de la herencia.
Qué pudiera esta mano
donde el espíritu se ha acurrucado
estar llena de semillas.
Mañana es otro término.
¿Sabías que nuestras uñas
fueron antaño lágrimas?
Rascamos los muros con nuestro llanto
endurecido como nuestros corazones-niños.
No puede haber salvamento
cuando la sangre ha ahogado el mundo.
Sólo disponemos de nuestros brazos
para alcanzar, a nado, a la muerte.
*(Más allá de los mares, encima de las crestas,
minúsculos planetas no identificados
manos unidas, redondas manos plenas
escapadas a la gravedad)*
Cuando la memoria nos sea devuelta,
¿conocerá finalmente el amor su edad?
Felicidad de un viejo secreto compartido.
Al universo se aferra aún
la esperanza del primer vocablo,
a la mano, la página arrugada.

Sólo hay tiempo para el despertar.

Puerta III

(Una tarde en el parque del palacio de Luxemburgo, París)

Un libro, como una sucesión de puertas, cuyo paso de una a otra es lo único que hay que decir, lo único que hay que leer.

1

Hablamos a lo que florece. Nos escucha lo que se deshoja.

Me dirigía hacia el parque del palacio de Luxemburgo, con un libro bajo el brazo. La tarde era cálida y soleada. Pensaba en las preguntas que me había hecho, la víspera, la enviada de un semanario literario y trataba mentalmente de poner en orden mis declaraciones, no desde luego para modificarlas, ya era demasiado tarde, sino porque había respondido a aquéllas sin prestar demasiada atención, cosa que no acostumbro a hacer. Me reprochaba a mí mismo aquella conversación, igual que a menudo me sucede el reprocharme la confianza más anodina.

Soy sólo –lo confirma el instante- un hombre de escritura; es decir, un hombre que conserva su secreto frente al vocablo. No siento afán por expresarme. Me expongo a los picotazos, en ocasiones venenosos, de mi pluma. Y como si mi cuerpo, de repente, existiese únicamente para padecer ese suplicio. Abismo o cielo, los vocablos al formarse dejan en él llagas abiertas. En ellas, los mundos se sienten a sus anchas. Cada cual se mueve en su área e ignora a los demás. Esa ignorancia es el principal motivo de que yo escriba. Enseñar al universo a conocerse, haciendo de mí ser una sola herida. Vínculo o tachadura, el espacio entre las palabras es por igual noche o mañana. La unidad es soberano sufrimiento; una misma carne, una pobre alma en jirones.

(Fuera del tiempo, no hay exilio alguno.

Mi pueblo es pueblo del tiempo presente.)

Bastaría, en suma, con salvar la mirada para que apareciese, en su indisolubilidad, el Todo.

Temible aventura del espíritu, ah, la más temible: abrir la noche a la noche.
Toda la noche fue nuestra lectura.

(Mi pueblo es Uno en el dolor.)

Que el dolor, así pues, sea tan sólo un peldaño más.

2

Una niña cantaba:

“En el dormitorio común de los mares,
cuántos internos, cuántos internos.

Nunca nuestros sueños humanos
Igualarán a los de los peces”.

Mi memoria es una vieja herradura; ah, mis cuatro memorias, arrancad a galopar.

Soy caballero sin montura, océano sin olas, horizonte sin aurora,
clavado a mí mismo, clavado a una ausencia en el tiempo
convertido, después de mí, en el tiempo de la ausencia.

La niña cantaba:

“Dentro del cementerio
siete niños estaban.

El mayor era de piedra,

Los demás eran de tierra”.

Sólo se puede hablar desde este lado de la muerte, en la eternidad atormentada que es la penúltima existencia de la eternidad. El silencio envuelve a la vida. Salve, suavísimo, queridísimo, tiernísimo refugio en que Dios se encuentra sin nacimiento.

3

Arrojo mi lengua a los perros.

Ladrad, jauría en libertad. La caza está de moda.....

(De El libro de las preguntas. Tomo II. V. ELYA)

Aquí, el final

Aquí, el final

Aquí, el final de la palabra, del libro, del azar.
¡Desierto!
Arroja ese dado. No sirve para nada.
Aquí, el final del juego, de la semejanza.
El infinito, mediante sus letras, niega el final.
Aquí, el final no puede ser negado. Es infinito.
Aquí no es el lugar,
ni siquiera la huella.
Aquí es arena.

(De *Le Livre des Ressemblances*.)

Y estarás en el libro

*De niño, cuando escribí por primera vez mi nombre,
tuve conciencia de iniciar un libro.*

Reb Stein

1

“¿Qué es la luz? Preguntaba uno de sus discípulos a Reb Abbani.

En el libro, respondió Reb Abbani, hay grandes espacios en blanco que ni siquiera sospechas y que frecuentan, por parejas, los vocablos, excepto uno solo, que es el nombre del Señor. La luz está en los arrebatos de de sus deseos de amantes.

Mira qué maravillosa hazaña la del narrador que los ha traído de tan lejos para fortuna de nuestros ojos.-“

Y Reb Hati: “Las hojas del libro son puertas que los vocablos traspasan, empujados por la impaciencia de reagruparse, de recuperar su transparencia al final de la obra atravesada.

El recuerdo de las palabras está fijado por la tinta sobre el papel.

La luz está en su ausencia que lees.”

En la hora en que los ojos de los hombres se elevan hacia el cielo, en que la ciencia se reserva una parcela más hermosa, más rica de la imaginación –todos

los secretos del universo son brotes de fuego que, pronto, van a abrirse- ¿sé yo, en mi exilio, lo que me ha empujado hacia atrás, a través de las lágrimas y el tiempo, hasta las fuentes del desierto donde se aventuraron mis antepasados? Nada hay, aparentemente, en el umbral de la página abierta, sino esta herida recuperada de una raza salida del libro, cuyo orden y desorden son caminos de sufrimiento; nada sino este dolor cuyo pasado y continuidad se confunden con los de la escritura.

La palabra está ligada a la palabra, nunca al hombre, y el judío a su universo judío. La palabra lleva el peso de cada una de sus letras y el israelita, desde la primera aurora, el de su imagen. El agua delimita los oasis. De un árbol a otro árbol hay toda la sed de la tierra....

(De El libro de las preguntas. Tomo I)

Dedicatoria

Tú no sabes si vives. Tú vives.
El camino es corto en el tiempo, largo en el espacio
que abarcan nuestros brazos.
El corazón es bueno.
Nuestro amor es una isla. El mar es el campo.
El pan es bueno.
El orden radica en la corteza.
El árbol está ebrio de viento.
El sol es bueno.
Tus ojos, lejos del nido. La ola es fuerte en el silencio.
¿Estamos donde estaremos?
Mañana es bueno.

(De El libro de Yukel)

(Traducción de Esther Seligson)

Las protografías de Oscar Muñoz *

Por Yago Franco

yagofranco@elpsicoanalitico.com.ar

Sobre una mesa se proyecta la imagen de fotografías dispuestas en filas, aparecen manos (proyectadas también) que las toman y las sumergen en lavabos (también proyectados) que están en los extremos de la misma. Los rostros se disuelven y se van por la rejilla del lavabo, y las fotografías – ahora en blanco – son vueltas a poner en su lugar. Mientras la secuencia sigue con otras fotografías aparece otra mano que coloca las que están en blanco en otro lavabo, bajo cuya canilla vuelven a aparecer los rostros. Así, ininterrumpidamente. En otro lugar, en una enorme pantalla una mano va dibujando un rostro y a medida que lo hace este se va desdibujando en el lugar donde inició el trazo, debiendo la mano que dibuja volver al mismo y volviéndose a producir el borramiento, y así ininterrumpidamente. Dos, solo dos de las protografías de Oscar Muñoz expuestas en el MALBA. Para no citar esa enorme cantidad de fotografías que están sobre una mesa, ante las cuales el espectador va sintiendo una inquietante extrañeza al darse cuenta de que han sido tomadas todas en el mismo lugar, a las mismas personas, siempre en movimiento, pero a lo largo de los años... el paso del tiempo, los cambios, lo que permanece, y ese paso que parece no terminar nunca de producirse, que se reitera de fotografía en fotografía. En la muestra, las fronteras entre la fotografía, la instalación, el grabado, el video, el dibujo tienden a desvanecerse.

¿Qué es una protografía? Es algo que no llega a ser una fotografía, es lo que está antes, también después. O tal vez sea el movimiento mismo de fijación y disolución de una imagen. Pero resulta que se trata de imágenes de personas, rostros en su mayoría. Por lo que una protografía es también el movimiento de

nacimiento y muerte de un rostro, también eso que nunca llega a completarse de un sujeto: ese inacabamiento radical que atañe a la subjetividad humana. Muchas de las protografías son de rostros de fallecidos. En una parte de la muestra se le solicita al espectador (¿) que sopla sobre una superficie espejada en la cual aparece su rostro, pero con el golpe de su aliento su rostro es suplantado por el de un fallecido, que a su vez se desvanece ni bien el aliento cesa de golpear la misma. Ya no se trata de un espectador, sino de alguien – en todos los casos – que se ve incluido, arrojado a ese movimiento de aparición y desaparición. A esa fugacidad, fragilidad, a ese ser que se trastoca más bien en un estar/no estar.

La obra de Muñoz, sus protografías, parece estar ahí para señalarnos lo precario, lo fugaz, lo provisorio de la vida humana, al mismo tiempo que la insistente presencia de Eros, y la tenaz lucha de la memoria contra el olvido. Ahí está el video en alta definición que muestra a su padre – que no quiere dormirse porque para él dormirse es morir – luchando contra el sueño, una imagen que genera perplejidad y angustia en quien la observa. A la derecha del padre de Muñoz, de modo fantasmagórico delante de una ventana cuya cortina la tapa y la destapa, se ve una fotografía de la madre – ya fallecida – que parece venir desde esa Otra escena develando una convivencia imposible entre la vida que se resiste a morir, y la muerte que se obstina en hacerse presente.

* Fotógrafo colombiano, cuya muestra Protografías tuvo lugar en Buenos Aires, en el Museo de Arte Latinoamericano de Buenos Aires (MALBA) entre el 27/12/2012 al 25/02/2013. Un acercamiento a la misma puede apreciarse en <http://www.banrepcultural.org/oscar-munoz/presentacion.html>

El cine argentino de hoy y la cámara neutra

Por Maximiliano González Jewkes

maxigonjewkes@hotmail.com

Si bien es cierto que la pantalla nacional está atravesando un período de bonanza en cuanto a proyectos se refiere, que nuestro cine ha incrementado visiblemente el número de producciones; esto no se comparece con la calidad cinematográfica de las películas, cuando digo “cinematográfica” quiero decir en cuanto a la concepción plástica y semiótica de la imagen, me refiero a la búsqueda de expresión en el uso de la cámara, y que no sirva solo de medio de transmisión de imágenes, sino que se haga cargo de su construcción.

Tenemos por un lado un cine testimonial en el que la cámara es un mero instrumento para la representación de miradas sobre la realidad que pugnan por aparecer como “naturales” y “directas”, volviendo a la tesis hoy ya en desuso del cine-ojo de Dziga Vertov. La mayoría de las veces haciendo como corresponde los deberes de una ideología que se nos presenta como demasiado correcta, cayendo en formulaciones tópicas que son fácilmente detectables, y por el otro un cine “teatral” o de conflictos en el que todo se concentra en las actuaciones (algunas veces memorables), pero que también se olvida del objeto que tiene entre las manos, se olvidan que el cine no es teatro filmado, error en el que ya había incurrido en su momento Lawrence Olivier.

En ambos casos se trata de películas en las que no se ha pensado en la disponibilidad de recursos técnicos que ofrece la cámara, recursos que, bien utilizados, lejos están de ser un mero alarde de la técnica, sino que constituyen el campo de exploración de modos de representación con el objeto de dejar la huella de la propia mirada en el film, y no recrear la de otros o estandarizar una forma de filmar que termina extrañando a realizadores verdaderamente valiosos. Tampoco se trata de cubrir con efectos especiales las falencias que el relato mismo presenta, como suele hacer cierto cine del star system.

Llama la atención en el caso del cine testimonial que se lo denomine “cine sobre la memoria” cuando en realidad se olvidan de que ya existieron en la historia de la pantalla grande muchas películas del mismo estilo que se nos quiere ofrecer como novedoso. Esto no supone la negación, por supuesto, del deber cívico o ético de presentar dichos relatos a la comunidad para subsanar la clásica desmemoria u omisión de los medios masivos de comunicación, y así compensar ese hiato en la relación con el pasado que los medios masivos no cesan de socavar. Pareciera que estamos atravesando por una etapa similar a la que transitó la Unión Soviética en el período del Realismo Socialista, donde se conminaba a los artistas a realizar obras de arte útiles para la sociedad y el estado, obras que debían privilegiar el contenido a la forma, obras que, en nombre de las ideologías se proponían un cine de adoctrinamiento que olvidaba los aspectos estéticos, hecha por supuesto la excepción de Sergei Eisenstein, cuyo cine es valioso especialmente por sus formulaciones, su trato con las imágenes y sus innovaciones sobre el montaje. Sin embargo, como sabemos bien, la forma hace al contenido, no habría que perder de vista este aspecto, sobre el que han sido muy cuidadosos creadores tan comprometidos con su época y su sociedad como Leonardo Favio o Adolfo Aristarain.

La verdad es que en la urgencia cívica de plantear estos nuevos relatos, se olvidan con demasiada frecuencia del cuidado formal, por ejemplo llama la atención la pobreza en el tratamiento fotográfico y/o pictórico de las imágenes, cuya gramática parece limitarse a un repertorio reducido de posibilidades estandarizado incluso por el lenguaje televisivo. Se trata de films que lejos de inquietar al espectador, lo conforman a lo mismo, lo devuelven a ese mundo doméstico del que todo objeto artístico debiera alejarse. El mensaje de revisionismo y revolución del contenido se contradice con la ortodoxia en el tratamiento formal.

Un cine que cuando tiene que plantear una escena de diálogo entre dos personajes no se le ocurre otra cosa que el viejo remanido y recontravisto plano y contraplano siempre en plano medio y con la clásica toma a la altura de los ojos, donde la única variante del juego con la voz en off del personaje que pronuncia su

parlamento. Un cine en el que el estatismo y la inmovilidad de la cámara no nos deja nada, a diferencia por ejemplo de un Andrei Tarkovski, quien ha meditado largamente cada toma y cada secuencia narrativa en sus películas. Historias en las que cuando la cámara se pone en movimiento lo hace solo en función de lo que pasa, y eso que pasa es captado de una manera automática y mecánica, a diferencia de directores como Martin Scorsese, Terry Guillian, o David Lynch y tantos otros, para quienes la cámara es un instrumento de expresión dotado de un poder de significaciones que hay que explorar. Para estos nuevos directores de la pantalla nacional, la cámara parece solo un instrumento para dar visibilidad a una historia de la manera más directa. Este grado 0 de la cámara termina desembocando en la supremacía del contenido sobre la forma.

La mayoría de estos realizadores puede continuar su carrera no gracias a sus innovaciones sino más bien al reaseguro de “lo ya visto” que se repite hasta el cansancio. Hay excepciones por supuesto. Considero que algunos realizadores continúan sosteniendo una concepción productiva con el cine y no se someten a esta corriente contenidista. Directores como Adrián Caetano, algunos films de Pablo Trapero, Tristán Bauer, Fernando Spiner, Lucrecia Martel y sobre todo Esteban Sapir, entre otros, mantienen una actitud productiva que nos permite pensar sus realizaciones en términos de diálogo con referentes anteriores, podemos pensar en una paleta que los caracteriza, podemos interactuar con las decisiones para cada toma, para cada plano, se reconoce en ellos una tradición de cine.

Durante el año 2011 como viene ocurriendo en los últimos años, hubo una gran cantidad de producciones subsidiadas por el INCA; entre ellas, una gran mayoría abocada a la representación de los años de plomo. Una de las excepciones plausibles fue *Aballay* de Fernando Spiner, una película que, desde el western, ha logrado mostrarnos un siglo XIX en el interior del país mucho más verosímil que el de *Revolución* o *Belgrano, la película*, películas en las que no se han podido evitar ciertos tópicos reconocidos, posicionadas en apariencia en un lugar contestatario, no han hecho más que recrear a los próceres y alejarnos de nuevo de los hombres que esos próceres eran.

Sería importante que los subsidios que otorga el INCA llegue a una mayor diversidad de producciones y no se limite tanto a aquellas historias que se abocan a revisar el pasado nacional, exclusivamente en lo que se refiera al terrorismo de estado de los años setenta, que no se olviden que el cine como arte va mucho más allá de ese acontecimiento, inclusive que puede llegar a aludirlo desde una dimensión artística mucho más efectivamente que cayendo en testimonios directos, me remito a películas como *Tiempo de revancha* (1977) o *Últimos días de la víctima* (1980) ambas de Adolfo Aristarain.

AUTORES

Sigmund Freud – Biografía y entrevista (tres partes)

Videos de Youtube

Biografía y entrevista a Sigmund Freud 1938- Parte 1 de 3

<http://www.youtube.com/watch?v=w6WOZDIhSzA>

Biografía y entrevista a Sigmund Freud 1938- Parte 2 de 3

http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=YPNV8HQ0_Ig

Biografía y entrevista a Sigmund Freud 1938- Parte 3 de 3

http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=zqyAbLjIT9Q

HUMOR

Videos en Youtube

Woody Allen

Woody Allen- Annie Hall- Monólogo

http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=cCucDCnsD-A

Woody Allen: Reflexión sobre el sentido de la vida

http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=pHgGsn7Dy9A

Monty Python - El sentido de la vida – La muerte I

http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=Enum30ttRO8

Monty Python - El sentido de la vida – La muerte II

<http://youtu.be/zNcY5rwapjA>

EROTISMO

De la risa erótica a lo prohibido (*)

*Selección Héctor Freire
hectorfreire@elpsicoanalítico.com.ar*

Al considerar el erotismo, el espíritu humano se encuentre ante una dificultad fundamental.

El erotismo, en cierta manera, es risible.

La alusión erótica es siempre capaz de provocar la ironía. Incluso hablar de las “lágrimas de Eros”, lo sé, puede prestarse a risa. No por eso es Eros menos trágico. Pero, ¿qué digo? Eros es, ante todo, el dios trágico.

Sabemos que el Eros de los antiguos tuvo un aspecto pueril: estaba representado por un niño. Pero, ¿no es el amor, al fin y al cabo, tanto más angustioso porque hace reír?

El fundamento del erotismo es la actividad sexual. Ahora bien, esta actividad se halla al alcance de la prohibición. ¡Es inconcebible!, ¡está *prohibido* hacer el amor! A menos que se haga en secreto.

Pero, si lo hacemos en secreto, la prohibición transfigura, ilumina lo que prohíbe con una luz siniestra y divina a la vez: en pocas palabras, lo ilumina con un resplandor religioso.

Lo prohibido confiere un valor propio a lo que es objeto de prohibición. A menudo, en el instante mismo en que percibo la intención de reprimir, me pregunto si, al contrario, no he sido disimuladamente provocado.

Lo prohibido da a la acción prohibida un sentido del que antes carecía. Lo prohibido incita a la transgresión, sin la cual la acción carecería de esa atracción maligna que seduce. Lo que hechiza es la transgresión de lo prohibido. Pero esa luz no es sólo la que desprende el erotismo. Ilumina la vida religiosa siempre que entra en acción la violencia total, la violencia que interviene en el instante en que la muerte corta el cuello de la víctima acabando con su vida.

¡Sagrado!

En principio, las sílabas de esa palabra están cargadas de angustia; el peso que soportan es el de la muerte en el *sacrificio*.

Toda nuestra vida está cargada de muerte. Pero, en mí, la muerte definitiva tiene el sentido de una extraña victoria. Me baña con su luz, provoca en mí una risa infinitamente alegre: ¡la risa de la desaparición!

Si en estas pocas frases no me hubiera ceñido al instante en que la muerte destruye al ser, podría hablar de esa *pequeña muerte* a la que, sin morir realmente, sucumbiría con un sentimiento de triunfo.

Hay en el erotismo, finalmente, mucho más de lo que estamos dispuestos a reconocer.

Hoy en día, nadie se da cuenta de que el erotismo es un universo demente, cuya profundidad, mucho más allá de sus formas etéreas, es infernal.

He dado una forma lírica a la idea que propongo, que afirma el vínculo existente entre la muerte y el erotismo. Pero, insisto: el sentido del erotismo se nos escapa si se nos presenta con una abrupta profundidad. En principio, el erotismo es la realidad más conmovedora, pero, al mismo tiempo, la más innoble. Incluso después del psicoanálisis, los aspectos contradictorios del erotismo son innumerables: su fondo es religioso, horrible, trágico e incluso inconfesable, ya que es divino.

Respecto a esa realidad simplificada, que limita a los hombres en general, se trata de un horrible laberinto, donde el que se pierde debe estremecerse. El único medio de acercarse a la verdad del erotismo es el estremecimiento.

Los hombres de la Prehistoria que vinculaban su excitación a la imagen oculta en el fondo de la gruta de Lascaux, lo sabían muy bien.

Los sectarios de Dionisos supieron que podían unir su excitación a la idea de las bacantes, a falta de sus propios niños, desollando y devorando cabritos vivos.

...El sentido del erotismo escapa a quienquiera que no considere su aspecto "religioso". Recíprocamente, el sentido de las religiones, en general, escapa a quien olvide el vínculo existente entre éstas y el erotismo.

Está en la esencia de la religión el oponer a los otros los actos culpables, para ser más exactos, los actos prohibidos. En principio, la prohibición religiosa evita un determinado acto pero, al mismo tiempo, puede conferir un valor a lo que evita. A veces es posible o incluso está prescrito violar lo prohibido, transgredirlo. Pero, ante todo, lo prohibido impone el valor –un valor en principio peligroso- de lo que rechaza: en términos generales, este valor es el "fruto prohibido" del primer libro del *Génesis*.

Volvemos a encontrar este valor en las fiestas, en el curso de las cuales está permitido –incluso se exige- lo que normalmente está excluido. La transgresión, en tiempo de fiesta, es precisamente lo que da a la fiesta un aspecto maravilloso, el aspecto divino. Entre los dioses, Dionisos está esencialmente vinculado a la fiesta. Dionisos es el dios de la fiesta, el dios de la transgresión religiosa. Está considerado como el dios del vino y de la embriaguez. Es un dios ebrio, es el dios

cuya esencia divina es la locura. Pero para empezar, la locura en sí es de esencia divina. Divina en el sentido de que rechaza las reglas de la razón.

Tenemos la costumbre de asociar la religión a la ley y la razón. Pero si nos atenemos a lo que, *en su conjunto*, fundamenta las religiones, deberemos rechazar este principio.

Sin duda, la religión es básicamente subversiva; desvía el cumplimiento de las leyes. Al menos, impone el exceso, el sacrificio y la fiesta, cuya culminación es el éxtasis.

...Resulta trivial afirmar que la religión condena el erotismo, ya que, esencialmente y en sus orígenes, éste estaba asociado a la vida religiosa. El erotismo individualizado de las civilizaciones modernas, en razón de su carácter individual, carece de cualquier vínculo que lo una a la religión, a no ser la condena final que se opone al sentido religioso de la promiscuidad del erotismo.

...Al rechazar el aspecto erótico de la religión, los hombres la han convertido en una moral utilitaria.

...En la historia del erotismo, la religión cristiana desempeñó una función clara: su condena. En la medida en que el cristianismo rigió los destinos del mundo, intentó privarlo del erotismo. Pero, al querer esclarecer el resultado final, nos sentimos evidentemente confusos.

En cierto sentido, el cristianismo fue favorable al mundo del trabajo. Valoró el trabajo en detrimento del placer. Hizo del paraíso el reino de la satisfacción inmediata –y también eterna-, pero entendido como última consecuencia o recompensa de un esfuerzo previo.

En cierto modo, el cristianismo es el punto de unión que hace del futuro resultado del esfuerzo –en principio, del esfuerzo del mundo antiguo- el preludeo del mundo del trabajo.

(*) Del libro *Las lágrimas de Eros*, de George Bataille. Traducción, David Fernández. Ed. Tusquets. Barcelona, 1997.

LIBROS

Satori

De Héctor Freire

Edición Bilingüe. Reflet de Lettres/Abra Pampa Éditions. París, France, 2013,
101 pp.

Libro de poemas sobre pinturas y películas, originalmente editado en el 2010 por Ediciones en Danza de Bs.As. Seleccionado por su calidad y densidad poética. Ahora traducido al francés por Christina Madero y Pablo Urquiza. Obra editada en el marco del Programa “Sur” de Apoyo a las Traducciones del Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto de la República argentina.

Reproducimos a continuación el comentario que oportunamente, escribiera para la primera edición, el poeta y periodista Guillermo Ibáñez:

“La lectura de “lo oriental”, “lo místico”, lo indio generalmente dicho “hindú”, etc., como se conoce vulgarmente, dice del “satori”, iluminación en el budismo Zen.

El Satori es el destello repentino en la conciencia de una nueva verdad. Es una especie de catástrofe mental que ocurre después de acumular contenidos intelectuales y demostrativos. Cuando esta acumulación llega al límite de la estabilidad y el edificio ha llegado a derrumbarse, un nuevo cielo se abre a nuestra vista y el mundo aparece vestido con un ropaje nuevo que parece cubrir todas las deformidades de las falsas ilusiones.

No obstante, el breve texto que hace de puerta cancel a los trabajos de este volumen (poemas sobre pinturas, películas y situaciones), suscripto por Teitaro Suzuki , y cuyo nombre budista es Daizetz (cuya posible traslación a nuestra lengua sea “gran simplicidad” o mejor aún “el simple”), ilumina, valga la redundancia lo antedicho(para quienes saben ver, la luz, - y no digo nada

relacionado con ese “vi la luz” tan difundido hoy día por algunas sectas religiosas-sino que hablo de la Luz, así con mayúsculas, del conocimiento, la intuición, el pensamiento, el camino, (el koan), la “comprensión”, en definitiva.

Dicho esto, los textos de este libro, por medio de la vía poética, hacen filosofía, dado que una y otra son imprescindibles para el tipo, el modo, la forma y el fondo de una poesía como ésta; la de este libro que es la poesía que prefiero.

Y digo prefiero, respetando todo otro “modo” de hacerlo, pero permitiéndome para mí mismo, elegir la que podría ser llamada, (así como otras son: “narrativas”, “cotidianitas”, “amorosas” y tantos y cuantos motes o calificativos como autores se sientan llamados a clasificarla; como poesía trascendente en el sentido de trasponer el mero hueco literario de un género, ese o esa poiesis, ese hacer, por una poesía que indaga, vislumbra, refleja, en este caso y a través de otras artes, que vienen a servirle de soporte musical, pictórico, cinematográfico, paisajístico o el que fuere, a una meditación que es reflexiva y le permite extraer de las imágenes, los sonidos, las situaciones o lugares; modos poéticos de ser vistos o mirados, como Hölderlin nos dijera, en donde: “Poéticamente habita el hombre”.

Qué más cabe acotar en una simple reseña que, cuando el poeta nombra Timanfaya, Chartres, al filósofo Bergson, al pintor Renoir o al genial Van Gogh, utiliza un epígrafe del desaparecido maestro de la poesía argentina Joaquín Giannuzzi o a los realizadores cinematográficos Bertolucci, Antonioni y a otros; reverencia y hace su homenaje a lo que siente, esos monumentos del arte universal.

Si lo “zen”, inexplicable por racionalidad fuera posible, me atrevería a decir sin miedo alguno de equívocos, que este libro contiene poemas zen. Lírica y Belleza, captación del instante se aprecian en ejemplos tales como: ...un pez plateado iluminó el agua.../...sentimos que el pasado nos recuerda...

...la memoria nos cambia de lugar.../La araña hilas/una pequeña plegaria...
La luz /se vuelve una hoja/en el crepúsculo/A estas rocas se les envidia su
voluntad de durar.

O el poema basado en una pintura del gran maestro japonés Hokusai:

PINTURA

En su zoología de intimidad, el gato de Hokusai destaca el impudor que pretende evitar, la infinitud de aquello que los humanos ignoramos. Quizás por eso, su ocio nos resulta demasiado trabajoso. En ese “vacío pictórico” - inservible a efectos descriptivos- se ajusta el contenido de su imagen: una humilde silueta recortada que elimina cuanto sobra. Por un instante ese signo de medida nos hace olvidar la violencia del mundo.

Esto ha sido para nuestro poeta su satori, impresiones de esos grandes artistas, de sus intuiciones y emociones, de sus iluminaciones.

Saludo este libro enfáticamente.

Recomenzar: amor y poder después del divorcio

De Irene Meler

Paidós, Buenos Aires, 2013, 384 pp.

Por Yago Franco

Este nuevo libro de Irene Meler entrecruza las problemáticas del divorcio y la constitución de familias ensambladas, con las perspectivas que ofrecen los

estudios de género y la relación entre amor y poder. Y todo esto considerando las particularidades de la sociedad capitalista actual (descrita con rigurosidad y profundidad) y advirtiendo de las diferencias que existen de acuerdo a la clase social en cuestión. De inicio el lector es advertido de que no debe tomarse como generalización abstracta lo que será tratado en el texto. La autora aclara que los arreglos de género varían de acuerdo a la posición social; que el modelo que decidió tomar es el que todavía predomina, perteneciente a la clase media -que es el objeto de esta indagación- o sea el modelo de familiarización heterosexual y de crianza conjunta de la descendencia tanto del matrimonio como de las uniones sucesivas; así es como quedan por fuera de esta indagación los modos más innovadores y atípicos.

En su investigación Irene Meler se ve llevada a revisar conceptos nodales del psicoanálisis. La propia autora describe su itinerario: "Intento relacionar mi formación psicoanalítica, que favorece la atención dirigida hacia los deseos inconscientes, con la perspectiva de los estudios de género, atenta a las relaciones de poder, sus fluctuaciones y alternancias" (p.125).

Uno de los puntos de análisis central que se propone la autora es ver en qué las familias ensambladas favorecen o deterioran a mujeres y hombres. Señala el aumento de disoluciones y la disminución de matrimonios que se dan en nuestra sociedad. Se preocupará por los efectos que en los hijos producen las separaciones. En nuestro medio – cita - del año 1991 al 2001 el aumento de tasa de separaciones y divorcios fue del 45 %. Lo que llevó a un incremento del número de familias ensambladas. Una parte importante del libro está destinada a dilucidar las características de las familias ensambladas, apelando a un buen número de autores con quienes establece un diálogo crítico, y a la propia experiencia clínica de la autora. Que resaltarán la persistencia de modalidades de dominación masculina y de subordinación femenina. Y esto es lo que va a llevarla a revisar conceptos centrales del psicoanálisis, como lo son el superyó femenino, el masoquismo femenino, y a revisar la relación entre psicoanálisis y género.

Es importante de resaltar las referencias constantes que la autora realiza a su propia experiencia clínica, y también los acuerdos y desacuerdos con los autores citados a lo largo del texto (Freud, Foucault, Bourdieu, Fairbain, Castoriadis, entre muchos otros).

Otra parte del libro – muy recomendable por cierto - está destinada a un amplio recorrido sobre las diversas teorizaciones y posiciones alrededor de la cuestión del género, partiendo de considerar al sistema de géneros “en tanto dispositivo de regulación social, como un organizador mayor del orden simbólico, social y económico vigente, y como una poderosa usina de construcción subjetiva” (p. 131). Alrededor de esta temática Irene Meler indaga en cuestiones candentes: retoma así el debate entre diferencia sexual y el concepto de género, al que la autora adhiere. Al respecto no ahorra los puntos álgidos de debate y polémica. Así, cuestionará el concepto de masoquismo femenino, proponiendo un concepto de su autoría: erogeneidad de subordinación (que abarca además a niños y ancianos). Así es como la obra de Jessica Benjamin es retomada por la importancia que Irene Meler le otorga a un psicoanálisis intersubjetivo. Desde esta perspectiva propondrá entender el masoquismo femenino como “correlato de los arreglos culturales que establecen la dominación masculina, y sus modos peculiares de inscribirse en el psiquismo, así como se inscribe (o deja su impronta) en los desarrollos teóricos sobre esta cuestión” (p. 213).

Hugo Bleichmar, Kohut, Laplanche son compañeros de ruta de buena parte de su desarrollo en lo que respecta al psicoanálisis y a la revisión de conceptos centrales del mismo. En particular Laplanche en lo que respecta al cuestionamiento del modo de entender a la pulsión y al complejo de Edipo, la castración, la lógica fálica.

Sostendrá la autora hacia el final de su trabajo que “el ejercicio de la maternidad se caracteriza en la actualidad por una disminución del altruismo materno, los

padres aún no han asumido de modo cabal coparentalidad, las redes familiares funcionan con efectividad decreciente y los recursos institucionales no son adecuados. Todo esto expone a los hijos a carencias emocionales debidas a la falta de cuidados” (p. 181). Ya en otro lugar del texto la autora había resaltado la erosión del poder de los padres, y el efecto negativo de esto en sus hijos. Se observan entonces dificultades para ejercer las funciones parentales, en lo que sería – tal vez – un período de transición entre un orden simbólico y otro alternativo, sostendrá la autora.

Irene Meler aboga por un psicoanálisis constructivista, y a articular los desarrollos psicoanalíticos con los de los estudios sociales.

La última parte del libro consiste en un estudio de casos referidos a familias ensambladas, realizado a partir de entrevistas que la propia autora llevó a cabo, y que permiten en una clara exposición, tomar contacto vivo con lo que desarrolló a lo largo de su exposición.

Nos encontramos entonces ante un nuevo libro de Irene Meler que no elude complejidad, polémica, provocación: pero provocación, sobre todo, de pensamiento. La articulación entre el psicoanálisis y los estudios sociales es fina, arriesgada por momentos, siempre honesta y dedicada a agitar las aguas de toda pereza teórica. Y lo que ya de por sí es un mérito: la preocupación por la clínica del padecimiento psíquico que las turbulencias de la época producen. Aunque no abandona Irene Meler la esperanza en que puedan crearse – aun transitando por un momento de incertidumbre – nuevas formas de lazos entre mujeres y hombres, más ligadas a lo igualitario y – decimos nosotros - tendientes a evitar un malestar psíquico agregado al que ocasiona el hecho mismo de vivir en sociedad.

Crisis de Civilización. Radiografía de un modelo inviable

De María Josefina Regnasco

Jorge Baudino Ediciones, Buenos Aires, 2012, 176 pp.

Por Yago Franco.

Este libro se ocupa de una detallada descripción de la crisis que actualmente atraviesa el sistema capitalista. Una crisis que – adelanta María Josefina Regnasco – es civilizatoria, excediendo la problemática financiera desatada a partir del año 2008. La autora realiza un detallado recorrido por el modo de ser del capitalismo actual, adentrando en detalles del funcionamiento de su economía. Muestra sus incoherencias, paradojas, imposibilidades, en palabras de la autora: “la negación de sus propios postulados”.

En el comienzo del libro la autora describe minuciosamente la cuestión de la temporalidad dentro de las sociedades capitalistas: este – adelantamos – es un punto nodal para analizar el modo de ser de las sociedades actuales, el tipo de subjetividad que reclama, sus efectos en la psique de los sujetos, inclusive el daño que puede producir.

Hay un capítulo – muy interesante - dedicado a la trayectoria de Edward Bernays, sobrino político de Freud, que no solamente ayudó a la introducción de la obra de su tío en los EEUU, sino que fue un pionero en propaganda, teniendo un papel excluyente en crear estrategias propagandísticas para crear necesidades en los consumidores. O sea, en recrear parte del núcleo del sistema capitalista, influyendo en su transformación hasta nuestros días.

Plantea la autora diversas problemáticas, que se van sucediendo capítulo a capítulo: la cuestión del sujeto en la actualidad y la necesidad de un nuevo encuadre antropológico, la crisis de la ética, la cuestión de la tecnología de la

mano del cuestionamiento del modelo instrumental, la problemática del exceso de información, el problema del destino de la chatarra electrónica producto de la obsolescencia programada, la depredación ecológica que produce el sistema capitalista, etc.

Ahora bien, la autora no pretende que este libro sea un inventario de catástrofes, sino que su idea es – en sus propias palabras – a partir de las problemáticas descritas que este libro intente “proponer nuevas perspectivas de análisis. Más que formular respuestas, se propone cambiar el lugar de los planteos”.

En un texto claro, amplio y profundo al mismo tiempo, es notoria la presencia de los pensamientos de Al Gore y de Edgar Morin – que no son los únicos, pero si son preponderantes -, puestos al servicio de intentar no tanto dar respuestas (aunque hay un atisbo de ellas) sino de plantear ideas y enfoques que permitan pensar en cambios posibles. Lo cierto es que el libro ofrece un panorama amplio y a la vez profundo del modo de ser actual de las sociedades capitalistas, buen punto de partida para pensar en salidas posibles, y en otras formas de vida.

MULTIMEDIA

Videos en YouTube

(copiar los links y pegar en el navegador)

Volver – Gardel y Le Pera- Carlos Gardel

http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=I5JQ1m3mxKw

Cuando ya me empiece a quedar solo – Charly García – Sui Generis

http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=3qMdTiXlyjo

Canción para mi muerte - Charly García - Sui Generis

http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=_CH0jGxNvDA

Cuando tenga 64 – Lennon- McCartney- The Beatles

http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=PpAygvn3juQ

Un día en la vida – Lennon-McCartney – The Beatles

http://www.youtube.com/watch?feature=player_embedded&v=DAR9ZrrjNo8